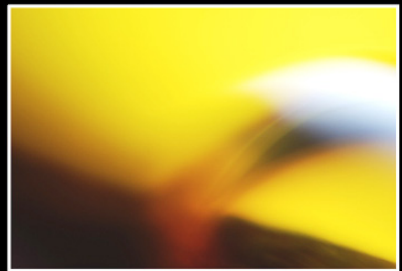
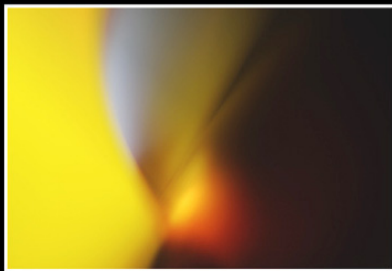
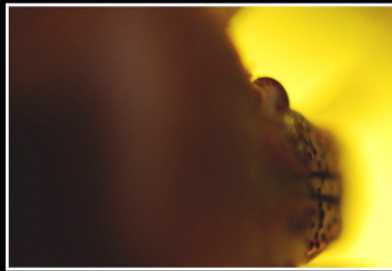


Cuentos de Navidad



1. El príncipe desterrado

Desde lo alto de las almenas del castillo, el viejo Rey sabio por la experiencia y por los años, observaba al joven Príncipe que se ejercitaba con las armas. Combatía con verdadera violencia y en ocasiones sus ojos reflejaban accesos de auténtica crueldad. Al Príncipe le gustaba combatir; para él era una gloria golpear, luchar. Desde lo alto del castillo el Rey suspiró. No se imaginaba así a su único heredero. Lo hubiera deseado sabio y amante del estudio, respetuoso y lleno de generosidad. En cambio, crecía soberbio y prepotente, perezoso y chabacano. Un día el Príncipe cabalgaba en una aldea rural. Se le acercó un pobre, cojeando y extendiendo la mano lleno de esperanza. El caballo del príncipe dio un pequeño salto. El joven alzó la fusta y la descargó con rabia sobre el rostro del pobre, que cayó de bruces en el polvo. Dando un grito, el Príncipe espoleó al caballo y se alejó. La gente de la aldea se quejó ante el Rey que expresó su hondo desagrado y se sumergió en un silencio amargo y pensativo.

Al día siguiente el Rey convocó al Tribunal Supremo de la Corona y anunció con voz grave: "El joven príncipe Tancredi, nuestro único hijo y heredero de la Corona, ha traicionado nuestras expectativas. No creemos que tenga las cualidades idóneas para ser un buen rey justo y generoso. Por tanto, y aunque esto nos rompa el corazón, decretamos que sea desterrado al extremo norte, a la Tierra de los Bárbaros, y que viva allí sin distintivo alguno de su dignidad, sustentándose con el trabajo de sus manos".

Un mendigo harapiento y solo

Tras días y días de viaje, el Príncipe fue abandonado en un descampado entre las gélidas montañas que señalaban la frontera del Reino en el norte. Sin dinero, sin caballo, sin armas. El pobre joven permaneció mucho tiempo de bruces sobre la tierra. No lograba comprender bien lo que había sucedido. Después sintió los mordiscos del hambre.

Bebió en un torrente y comió unas bayas salvajes y unos frutos amargos. Tenía lágrimas en los ojos, pero con un suspiro de orgullo siguió caminando. Así comenzó su triste y doloroso peregrinaje. Después de algunos meses ya no recordaba cuántos perros furiosos lo habían atacado, cuántos rostros duros lo habían rechazado e insultado, cuántas piedras violentamente desgajadas había debido esquivar. No le quedaba ni una brizna del antiguo orgullo. Sus únicos compañeros de viaje eran un frío cruel, que le atravesaba los huesos, y un hambre lancinante. Algún que otro aldeano, compadecido, le había ofrecido chapucillas de poca monta.

Habituado a las comodidades de la corte real, el joven príncipe no sabía hacer absolutamente nada. Aprendió a soportar las feroces bromas de los borrachos, las pullas, los insultos, los escarnios, con tal de conseguir algún mendrugito de pan y un poco de paja para la noche. Después de algunos años, no quedaba ninguna traza de su aspecto principesco.

Tancredi era un mendigo, andrajoso y sucio, con los ojos llenos de fiebre y la voz quejumbrosa.

El embajador

Pero el viejo Rey no había olvidado al hijo desterrado. El recuerdo del joven era una herida siempre abierta en su corazón. Alguna vez se había asomado desde la torre más alta, esperando ver los cabellos crespos y el cabalgar impetuoso del joven príncipe, pero sabía que desde la Tierra de los Bárbaros era muy difícil volver atrás. A pesar de todo, un día tomó una decisión. Llamó al capitán de la guardia, el más valeroso de los suyos, y le confió una embajada para su hijo: "Dile que tendrá todo lo que desee".

El capitán se puso en marcha con un destacamento de hombres y alcanzó los confines del Reino. Encontró al Príncipe. La sorpresa lo dejó sin palabras. El joven tenía la barba y los cabellos incrustados de suciedad, y dormía en un henil, envuelto en harapos.

"Pídeme lo que quieras y te lo daré", le dijo el capitán.

El joven lo miró con los ojos febricitantes, sin reconocerle, y luego dijo solamente: "Por favor, dame un poco de pan y una manta de lana".

El capitán se lo concedió. Después volvió con sus hombres ante el Rey; según las órdenes que había recibido.

La decisión del Rey

El capitán refirió al Rey: "No se acuerda de que es el hijo del Rey. No se acuerda de que puede volver aquí y vivir como un Príncipe en un palacio real. Y vive como un mendigo". Los ojos del viejo soberano se llenaron de lágrimas. El joven Príncipe había pagado duramente su propia soberbia. Ciertamente ahora había aprendido mucho sobre la vida y sobre la naturaleza de los hombres. ¿Qué podía hacer? "Iré yo en persona y lo traeré a casa, si quiere".

Con un pelotón de hombres selectos, el Rey llegó a la Tierra de los Bárbaros, disfrazado de comerciante. El capitán le indicó la mísera yacija donde dormía el hijo. El Rey quiso acercarse solo. Tomó entre sus manos el rostro demacrado y sucio del Príncipe y lo miró largamente a los ojos con infinita ternura. En un momento, el rostro del joven pareció iluminarse.

«¡Padre!", murmuró.

"He venido para llevarte a casa", le dijo el Rey. "Eres mi hijo y nunca he dejado de quererte. ¡Vamos!". Padre e hijo volvieron juntos al palacio real. Y cuentan las antiguas crónicas que, cuando subió al trono, el príncipe Tancredi gobernó como el más sabio, bueno y generoso de los reyes.



2. El jardín de Dios

El jardín y la casa de Dios están rodeados por una floresta, grande, inmensa, oscura, intrincada. Desde siempre deben enfrentarse a ella los hombres que intentan llegar a la casa de Dios. Hay que tener gran valor y mucha fuerza de voluntad; pero varones y mujeres parten ininterrumpidamente para la gran peregrinación, la más importante de la vida.

A pesar de ser un muchacho, Nico decidió partir. Abrazó a su padre y a su madre y se puso en camino. "Llego inmediatamente, Dios mío", exclamó orgulloso.

Era bonito caminar, con sol y con viento. Las primeras colinas y los verdes valles proporcionaban dulce compañía. Pero muy pronto el camino desembocó en una laguna cenagosa, entre árboles retorcidos y marañas espinosas. El pobre Nico estaba cansado y hambriento. La noche, una noche repentina y no natural, extendió sus tentáculos implacables entre los arbustos y los matorrales, hasta que el chaval se vio envuelto en una pantalla negra e impenetrable. Era peligroso avanzar. Ya no había puntos de referencia. Tropezó muchas veces, resbaló contra cortezas ásperas, se arañó la cara y las manos. El corazón le pesaba. Con las orejas tensas trataba en vano de percibir algún rumor. Nada. Sólo silencio y oscuridad.

Una pequeña linterna

Había decidido esperar al alba, apoyado en un tronco. Escrutó desesperadamente la noche con ojos avizores y entrevió una minúscula luz.

Sólo era un pequeño punto, pero le bastó para infundirle valentía y esperanza. Como hipnotizado, sin sentir ya la fatiga, se dirigió hacia la lucecita.

Una pequeña linterna colgaba a la puerta de una choza. Llamó, aprovechando sus últimas fuerzas. Abrió la puerta un anciano, de tupida barba blanca y con aire bonachón, y le invitó a entrar.

"Pasa, hijo".

"Gracias. Tengo miedo de haberme equivocado".

"Es fácil por estos lugares. Siéntate; te preparo algo para comer. Luego podrás dormir aquí".

La comida era sencilla, pero Nico no había comido nunca nada tan rico. No sobró ni una migaja y al final suspiró satisfecho. El viejo lo observaba con ojos penetrantes y le habló con voz pacífica: "¿A dónde te diriges?".

"A la casa de Dios. Pero empiezo a pensar que es imposible".

"No. Basta con conocer el camino".

"¿Tú lo conoces?".

"Sí. Y estoy aquí para indicarlo. Escucha".

El relato del anciano

"Los hombres decidieron que llegar a la casa de Dios era la cosa más importante que podrían hacer. Como has experimentado tú mismo, el camino es difícil y esta floresta que circunda el jardín de la casa de Dios es tupida y negra, también durante el día.

"Los hombres no se desanimaron y se pusieron a buscar un paso, una pista. Algunos encontraron indicios, unas piedras particulares, unos árboles que hacían pensar en el jardín de Dios y se contentaron con eso. Pensaron que podía bastar. Engalanaron las piedras y se inventaron fiestas. Pero el camino

era todavía largo.

"Otros se abrieron pistas en la parte más intrincada y se sintieron muy cercanos al jardín de Dios. Estaban tan seguros de haber llegado, que comenzaron a proclamar que su camino era el único posible para llegar a la casa de Dios. Quisieron obligar a los demás a seguirlos, pero éstos se rebelaron. Estallaron guerras sangrientas".

El anciano suspiró. "Fíjate bien, ¡se mataban para demostrar que su camino era el mejor para llegar a Dios! Y no acaba todo aquí. Algunos renunciaron, otros se pusieron a proclamar que esa búsqueda era absurda y que no existía ningún jardín de Dios en ninguna parte. La mayoría continuaba buscando a tientas".

Entonces, vino a recogerlos

Nico lo interrumpió: "¿Ninguno consiguió llegar a la casa de Dios?". "Sucedió una cosa extraordinaria. Dios esperaba en su maravilloso jardín. Y se cansó de esperar, aunque esto no se puede decir de Dios con propiedad. Había hecho aquel magnífico jardín para los hombres, pero éstos no llegaban. Entonces envió a su Hijo, semejante a Él en todo, para que los recogiera. El Hijo de Dios vino con una pequeña lámpara para señalar el camino más corto. Era una luz débil. Hubo muchos que ni siquiera la vieron, cegados por su verdad y por la soberbia. No obstante, una noche brilló sobre la Tierra. Desde entonces los buscadores de Dios conocen el camino. Por envidia insensata ciertos hombres intentaron precisamente apagar aquella luz. Pero nada se puede contra el Hijo de Dios. La luz continuó brillando. Mi función consiste en tenerla encendida e indicar el camino. Más adelante encontrarás a otros como yo. A través de los siglos, muchos se han pasado de mano en mano la pequeña luz del Hijo de Dios. Si estás atento, sólo debes avanzar de luz en luz".

"Te lo agradezco. Lo haré así. Pero no me has dicho tu nombre".

El viejo sonrió con dulzura. En sus ojos vio Nico la profundidad de los siglos. La barba y los cabellos blancos se llenaron de luz y se expandieron radialmente hasta llenar la estancia.

"Mi nombre es Melchor. Uno de los primeros tres".



3. El hijo más inteligente

Hace mucho tiempo existía un hombre que tenía tres hijos, a los que quería mucho. No había nacido rico, pero con su sabiduría y con el trabajo duro había logrado ahorrar una buena cantidad de dinero y comprar una fértil finca. Cuando envejeció, comenzó a pensar en cómo dividir entre sus hijos lo que poseía. Un día, estando ya muy viejo y achacoso, decidió hacer una prueba para deducir cuál de sus hijos era el más inteligente.

Llamó a sus tres hijos a la cabecera de su cama.

Dio a cada uno cinco monedas y les pidió que compraran algo para llenar su habitación, que estaba vacía y desnuda.

Cada uno de los hijos tomó las monedas y salió a cumplir el deseo del padre. El hijo mayor pensó que era una tarea fácil. Fue al mercado y compró un haz de paja, o sea, la primera cosa que se le puso delante. El segundo hijo, en cambio, reflexionó durante algunos minutos. Después de haber recorrido todo el mercado y de haber buscado en todos los puestos, compró unas plumas bellísimas. El hijo más pequeño consideró el problema durante largo tiempo. Se preguntaba: "¿Qué puede haber que cueste sólo cinco monedas y que pueda llenar toda una habitación?". Sólo después de pasar muchas horas pensando y repensando, encontró algo que respondía a su caso. Fue a un pequeño comercio escondido en una callejuela lateral y; con sus cinco monedas, compró una vela y una cerilla. Mientras volvía a casa, se sentía feliz y se preguntaba qué habrían comprado sus hermanos.

Al día siguiente los tres hijos se reunieron en la habitación del padre. Cada uno trajo su regalo, el objeto que debía llenar toda la estancia. En primer lugar, el hijo mayor extendió su paja en el pavimento, pero la paja sólo llenó un pequeño rincón. El segundo hijo mostró sus plumas: eran muy bonitas, pero apenas llenaron dos rincones.

El padre quedó muy desilusionado de los dos hijos mayores.

Todos sonrieron

Entonces el hijo menor se puso en medio de la habitación. Los otros lo miraban llenos de curiosidad, preguntándose: "¿Qué puede haber comprado?". El muchacho encendió la vela con la cerilla, y la luz de aquella única llama se extendió por la estancia y la llenó. Todos sonrieron.

El viejo padre se sintió feliz con el regalo del hijo menor. Le dio toda su tierra y su dinero, porque había comprendido que aquel muchacho era suficientemente inteligente para hacer buen uso de esos bienes y se cuidaría sabiamente de sus hermanos.



4. La búsqueda del Rey escondido

Todavía no hace mucho tiempo existía un Imperio que era el más vasto y poderoso de la Tierra, porque con el paso de los siglos había engullido a todos los imperios anteriores.

El imperio había adquirido no sólo una gran gloria, sino también una inmensa riqueza, y sus habitantes se jactaban de ser los más felices del universo. Pero un día irrumpió en el Imperio una extraña enfermedad. En un principio afectó únicamente a unos pocos, pero cada vez atacó a más y bien pronto la enfermedad misteriosa creció y creció hasta convertirse en una terrible epidemia. Actuaba como una especie de parálisis progresiva, que atacaba no sólo las piernas y los brazos de los hombres, sino también sus facultades internas. Las personas atacadas por la enfermedad no podían moverse, muy pronto no hablaban y; al final, ni siquiera lograban pensar. Inmóviles e insensibles, parecía que se habían convertido en hielo.

Los habitantes del Imperio cayeron en la aprensión más negra. No podían creer que aquella calamidad hubiera podido atacar precisamente su feliz existencia.

Manda a tu hija ante el Rey Escondido

Cuando ya todos tenían claro que la enfermedad afectaría cada vez a más súbditos, el Emperador reunió a su Gran Consejo y preguntó con voz desfallecida qué podía hacer en una circunstancia tan difícil. Los consejeros se mesaban la barba, tosían embarazados, se pasaban el problema de uno a otro, consultaban las páginas descoloridas de los archivos, pero no lograban dar el más mínimo consejo.

La única idea válida fue que el Emperador hiciera una proclama a todo el Reino, para que, si alguno conocía una vía de salvación para todo el Imperio, se presentase inmediatamente en el palacio imperial.

Así lo hizo el emperador. Pocos días después se presentó en palacio un viejo pastor, que dio al Emperador este extraño e inesperado consejo:

"Una sola cosa puede ayudarte en una calamidad como esta, -dijo-; manda a tu hija ante el Rey Escondido. Sólo él puede darte lo que necesitáis".

Cuando el emperador oyó estas palabras, se sintió invadido por una gran tristeza y por un terrible temor.

No podía tolerar el envío de su única hija sola por el mundo a la búsqueda de un Rey Desconocido, que, por añadidura, estaba escondido. Por eso se opuso con decisión.

Pero cuando también él fue atacado por los primeros síntomas de la implacable enfermedad, decidió seguir el consejo del viejo pastor.

Un espléndido manto azul

La joven hija del emperador no dudó un segundo. Se puso en camino al alba del día siguiente y comenzó a buscar al Rey Escondido. La chica desconocía en qué ciudad habitaba; por tanto, no sabía qué camino escoger. Sólo estaba animada por el intenso deseo de encontrar a aquel misterioso Rey y, sobre todo, de ayudar a todos los habitantes del Imperio a recobrar la salud perdida. Caminó desde la mañana a la noche, pero no encontró la menor indicación. Como al final de la jornada no había llegado a ninguna conclusión, decidió no

perder tiempo en buscar un refugio para la noche: permanecería al raso, para no dejarse escapar por casualidad cualquier indicio importante.

Mientras se adensaba la oscuridad, trepó por los flancos escarpados de una montaña y allá arriba se detuvo para pasar la noche.

De repente se dio cuenta de que el cielo, increíblemente azul, parecía curvarse sobre ella, como si quisiera envolverla en un abrazo. Nunca había visto una cosa semejante. Lo miró largo rato con el aliento suspendido, inmóvil en aquella inmensidad que la llamaba y se dejó atrapar en aquella visión sublime. Se sintió cada vez más libre y grande, como si de improviso lograra comprender todos los secretos del mundo. Después cayó en un sueño profundo.

Cuando se despertó al día siguiente, se dio cuenta con enorme sorpresa de que estaba envuelta en un espléndido manto azul.

El hábito rojo y las zapatillas de oro

La princesa retomó el camino. Pronto comenzó a encontrar a numerosos hombres, que de alguna manera invocaban su ayuda, a veces incluso con arrogancia y con palabras desgarbadas y descorteses. La joven princesa se detenía y; con dulzura y paciencia, ayudaba a todos, sin irritarse nunca ni protestar.

En cierto momento le vino al encuentro un pobre tan desastrado, que prácticamente sólo tenía unos harapos para cubrir en alguna medida su cuerpo macilento. Sin dudarle, la princesa se quitó su hermoso vestido de finísima y caliente lana y se lo regaló al pobre. Pensaba cubrirse como mejor pudiera con su manto, pero sintió inmediatamente cómo unas manos invisibles la revestían con un nuevo vestido: era blando, estupendo, y brillaba con un bellissimo color rojo vivo.

Al tercer día la princesa reemprendió la marcha. Pero en su camino se acumulaban obstáculos y dificultades. Los senderos se hicieron cada vez más difíciles y arduos, mientras que sus fuerzas se debilitaban y cada paso le pesaba una tonelada. Sólo su voluntad no cedía y continuaba indómita hacia la meta que se había prefijado.

Finalmente, llegó a un jardín lleno de magníficos árboles de tupido follaje, en el que brillaban frutos de extraño aspecto. La princesa se dejó caer a los pies del árbol más imponente del jardín, pues no sentía ya ni un adarme de fuerza. Tras estar apoyada en el tronco del árbol, la princesa pensaba para sí: "¡Ojalá mis piernas tuvieran la energía de mi voluntad!".

Justamente en aquel instante el poderoso árbol comenzó a moverse, se estremeció y tembló hasta que de su copa cayeron dos estupendas zapatillas, hechas de oro brillante y cálido.

Apenas la hija del Emperador se hubo calzado las zapatillas de oro, que eran exactamente de su medida, irrumpió en su cuerpo una fuerza que jamás había sentido antes. E inmediatamente pudo reemprender el camino.

En el corazón de la Tierra

Al cuarto día, el sendero que recorría la princesa con renovado vigor comenzó rápidamente a abismarse en las entrañas de la Tierra. Al principio la joven se sintió envuelta en una tiniebla pavorosa, pero después despuntó una claridad cada vez más viva, hasta que llegó a donde reinaba una dulce e indescriptible luz.

Se sentía como si hubiera llegado al corazón de la Tierra. En medio de la luz

vio un trono, en el que se hallaba sentado un jovencísimo rey; cuya figura estaba rodeada de un halo de luz suave y acogedora. En torno al trono, de pie, estaban los espíritus de la naturaleza, los guías de los hombres y los comandantes de las escuadras angélicas.

La princesa comprendió que había llegado a la meta. El jovencísimo rey miró a la joven, que avanzaba titubeante, y se fijó sobre todo en lo que vestía; el manto azul que le cubría las espaldas, el vestido rojo y las zapatillas de oro.

Entonces resonó su voz de cristal:

«Veo que mereces verdaderamente recibir la salvación y llevarla a los hombres».

Ofreció a la joven un cáliz de oro, que estaba lleno de agua burbujeante. "Bebe", dijo a la hija del Emperador. Y después confió a la joven la misión de llevar aquella agua especial a los hombres y de anunciar a todos la bondad del Rey Escondido.

Quien creyere, podía beber y ser curado de la enfermedad. La hija del Emperador tomó el cáliz y volvió a la tierra de los hombres.

Mas cuando comenzó a hablar de su hallazgo, la mayor parte de los súbditos no quiso creer en la existencia de un Rey Escondido. Pero los que la creían y bebían del cáliz de oro, curaban inmediatamente de la terrible enfermedad que los había atacado.



**cuentos
de navidad**

Misha era un osito de peluche. Tenía las plantas de los pies de terciopelo rojo, dos botoncitos de borceguíes por ojos y una nariz de copos de lana.

Pertenecía a una niña caprichosa, que a veces lo colmaba de mimos y a veces lo tiraba de malos modos contra el pavimento, cogiéndolo por las delicadas orejas de tela.

Así, un buen día Misha tomó la más grave decisión de su vida: escapar. Aprovechó la confusión de los días que precedían la Navidad, empujó la puerta y recobró la libertad.

Se fue a la nieve taconeando, feliz como no lo había sido nunca. En cada paraje hacía descubrimientos maravillosos: los árboles, los insectos, los pájaros, las estrellas. Misha abría los ojos: todo era increíblemente bello. Vino la noche de Navidad, aquella en que todas las criaturas están invitadas a realizar una buena obra. Misha oyó los cascabeles de un trineo. Era un reno que corría arrastrando un trineo cargado de paquetes envueltos en papel de colores.

El reno vio al osito, se paró y le explicó con mucha cortesía que sustituía a Papá Noel, el cual estaba demasiado viejo y maltrecho y con toda esta nieve no podía andar de viaje a pie. El reno invitó al osito Misha a subir.

Una bellísima noche

y así Misha comenzó a recorrer ciudades y países sobre el trineo mágico de Papá Noel. Era él quien dejaba en cada chimenea un juguete o un regalito confeccionado a propósito. Se divertía, rebosaba alegría. Si hubiera continuado siendo el pequeño juguete sabio, ¿habría conocido jamás una noche semejante?

Y llegaron a la última casa: una pobre cabaña en las orillas del bosque. Misha metió la mano en el gran saco, buscó, hurgó: no quedaba nada absolutamente.

"¡Oh, reno, reno! Ya no queda nada en tu saco". "Lo siento", gimió el reno.

En la cabaña vivía un niño enfermo. Al día siguiente, al despertar se, ¿vería sus zapatos vacíos ante la chimenea? El reno miró a Misha con sus bellos ojos profundos.

Entonces Misha suspiró, abrazó con un golpe de vista el campo donde tanto le gustaba gandulear completamente solo y; alzando los hombros, colocando una pata detrás de otra, uno-dos, uno-dos, para hacer su buena obra de Navidad. Entró en la cabaña, se acurrucó en un zapato y esperó la mañana.



6. La estrella perdida

Todos saben perfectamente que las estrellas son curiosas. Su destino es mirar. Naturalmente, siglo tras siglo, se agudiza su curiosidad. Después de todo, no tienen otra cosa que hacer. Precisamente la curiosidad jugó una mala pasada a una estrella jovencísima.

Era una estrella tan pequeña que le resultaba fatigoso descubrir cualquier cosa en el gran tráfico de la Vía Láctea. Por eso se asomaba con frecuencia fuera de su pequeña órbita. Y así sucedió lo inevitable.

Incitada por la loca carrera de dos cometas entrados en ruta de colisión, en un momento estiró demasiado la invisible curva elástica de la órbita.

Inmediatamente fue absorbida por la fuerza de gravedad de un gran sol, que la lanzó a miles de años luz de distancia, rebotó contra la órbita de otra estrella y; como una bola de billar, comenzó a chocar contra planetas y enjambres de meteoritos, evitó por milagro las fauces abiertas de un agujero negro y; a miles de años luz por hora, enfiló hacia uno de los brazos laterales de la Vía Láctea.

Viajando a esa altísima velocidad, la pobre estrellita dejaba tras de sí una estela multicolor. Era una cola luminosa digna de verse, pero dramática para la estrella.

Iba perdiendo toda la materia de que estaba constituida. Había quedado reducida a dimensiones ridículas. A punto de agotársele las fuerzas, entró en la órbita de gravedad de un planeta. Se trataba de un planeta pequeño y azul, no gran cosa, pero bonito y habitado por criaturas bastante simpáticas. Y así la estrellita, no más gruesa que un pomelo, acabó en la tierra.

La buscadora de setas

Una alfombra de suave musgo atenuó el impacto. La carrera de la estrella había terminado en un floresta, a los pies de un gran abeto. En los alrededores hozaba un jabalí. Hurgando con el hocico y los colmillos bajo la hojarasca y entre las raíces, se topó con la estrella que centelleaba desesperada. Pensó que era algo comestible e intentó hincarle el diente. Naturalmente, las estrellas no se pueden comer. El jabalí se astilló un colmillo y; despechado, se dio la vuelta y con las patas traseras cubrió la estrella de tierra, hojas y ramas secas. La estrella no podía hacer otra cosa que brillar con todas sus fuerzas; pero su luz, cada vez más débil, no se podía filtrar a través de la tierra y de los detritos que la cubrían. Y como una estrella sepultada carece de sentido, bien pronto se sintió morir.

Con un ligero roce de sus pies, pasó por allí una mujer que buscaba setas y castañas. Hurgaba entre las hojas con un largo bastón ter minado en punta y; al retirar algunas hojas, descubrió la estrella. La mujer se acercó dulcemente. Con manos delicadas, retiró la tierra que ahogaba la estrella. Y como su corazón era bueno, la estrella volvió a brillar con toda su luz.

"Oh -exclamó la mujer- la llevaré a mi casa, para iluminar el camino a mi marido cuando vuelva del trabajo, y a mis hijos cuando vuelvan de la escuela>}. Olvidadas las setas, la mujer recogió en sus manos la pequeña estrella y; llena de alegría, volvió a su casa. Una vez llegada, colocó la estrella sobre el alféizar de la ventana.

Con las primeras sombras de la tarde, al volver a casa el marido de la mujer, quedó sorprendido por la viva luz que le acogió en el umbral de la casa.

"¿Qué es eso que brilla?, preguntó el hombre. La mujer le contó lo acaecido. "Ciertamente es una cosa bonita", dijo el hombre. Y propuso: "Vendámosla a alguien». La luz de la estrella se atenuó un poco.

"No, -dijo la mujer-. La pondremos delante de la casa para que ilumine el camino a todos".

En ese instante la estrella brilló más vívida que nunca.

Un suave gris

Pero prevaleció el varón. Al día siguiente la estrella fue empaquetada cuidadosamente en espeso papel marrón, debidamente atada con una cuerdecita, y llevada a la ciudad. El hombre entró en la joyería más lujosa y llamó al dueño. Puso el paquete sobre el mostrador y; cuando lo abrió, la cálida luz de la estrella inundó el comercio, haciendo palidecer a perlas y diamantes.

Con un destello de avaricia en sus ojos, el dueño de la joyería exclamó: "Podría desmenuzarla en trocitos y sacar de ella muchas joyas. Esto puede valer centenares de millo..."

No logró terminar la frase. La estrella había comenzado a morir. Su esplendor se había transformado en un lívido gris.

"Pero, ¿qué es esto? ¿Una broma?", voceó el joyero, más enfurecido que nunca. "No puedo perder el tiempo. Váyase inmediatamente y llévese esta porquería". El pobre hombre recogió papel y estrella y salió mortificado. Era la víspera de Navidad y las calles de la ciudad estaban más animadas que de costumbre. El hombre no sabía cómo desahogar toda su desilusión y su pésimo humor. Salvó bufando una alfombrilla extendida en la acera, sobre la cual unos muchachos habían colocado objetos variados, con un cartel que decía: "Venta de beneficencia para la comida de los pobres de la parroquia de San Nazario".

El hombre siguió adelante, rasgando con desgana el papel del paquete; luego se paró, como dominado por un pensamiento repentino, y volvió sobre sus pasos. Se detuvo ante los tres chicos que atendían a la venta de beneficencia y de mala gana les ofreció el paquete.

"¡Tomad! Vended también esto".

Y se alejó.

La sorpresa

Sorprendidos, los jóvenes abrieron el paquete. La luz de la estrella los deslumbró. Era una luz dorada, palpitante, que calentaba el corazón. Los chicos lo percibieron perfectamente. Y se sintieron inundados de simpatía hacia la pequeña estrella que quería vivir y resplandecer con alguna finalidad.

"Es bellísima", murmuraron a coro, con una mezcla de respeto y veneración.

"No podemos venderla", dijo uno.

"Pongámosla en el centro del cometa que está en la puerta de la iglesia", sugirió una chiquilla rubita de chal rojo.

"Muy bien. Así esta noche dará luz a los que vengán a misa", aprobó un tercero.

Olvidando la venta de beneficencia, corrieron hacia la iglesia. De este modo, en la noche de Navidad, la pequeña estrella que se había perdido, reencontró

el sentido de su existencia.

Y era tan grande su felicidad, que en la medianoche la plaza de la iglesia estaba tan iluminada como al mediodía.



7. La flauta del pastor

Era una vez un viejo pastor, que amaba la noche y conocía bien el recorrido de los astros. Apoyado en su bastón, con la mirada dirigida hacia las estrellas, el pastor estaba inmóvil en el campo. "ÉL vendrá", dijo. "¿Cuándo vendrá?", preguntó su nieto. "Pronto". Los otros pastores rieron. "Pronto", se mofaron. "Lo dices desde hace muchos años".

El viejo no se cuidó de su befa. Sólo le entristeció la duda que vio surgir en los ojos del nieto. Cuando él muriera, ¿quién le iba a contar la predicción del profeta? ¡Si él viniese pronto! Su corazón estaba lleno de esperanza.

"¿Llevará una corona de oro?". La pregunta del nieto interrumpió sus pensamientos.

"Sí".

"¿Y una espada de plata?".

"Sí".

"¿Y un manto de púrpura?".

"Sí, sí".

El nieto estaba contento. El muchacho se hallaba sentado sobre un peñasco y tocaba su flauta. El viejo le escuchaba. El muchacho tocaba cada vez mejor; su música era cada vez más pura. Ensayaba por la mañana y por la tarde, un día tras otro. Quería estar preparado para cuando viniese el Rey Nadie sabía tocar como él.

"¿Tocarías también para un Rey sin corona, sin espada y sin manto de Púrpura?", preguntó el viejo.

"No", respondió el nieto.

¿Cómo podría recompensarlo por su música un Rey sin corona, sin espada, sin manto de púrpura?

¡Ciertamente no con oro o plata!

Un Rey con corona, con espada y con manto de púrpura lo haría rico y los otros se quedarían con la boca abierta, carcomidos de envidia.

El viejo pastor estaba triste. Pobrecillo, ¿por qué había prometido al nieto una cosa en la que él mismo no creía? ¿Cómo vendría? ¿Sobre las nubes del cielo? ¿Desde la eternidad? ¿Sería un niño? ¿Pobre o rico? Ciertamente sin corona, sin espada y sin manto de púrpura. Pero, a pesar de todo, sería más poderoso que todos los otros reyes. ¿Cómo podía hacérselo comprender a su nieto?

La noche de los signos

Una noche se vieron en el cielo los signos que el viejo había buscado con los ojos durante largo tiempo. Las estrellas resplandecían más claras que de ordinario. Sobre la ciudad de Belén había una gran estrella. Después aparecieron los ángeles y dijeron: "No temáis. Hoy ha nacido vuestro Salvador".

El muchacho salió corriendo hacia la luz. Bajo su manto notaba la flauta sobre su pecho. Corrió todo lo deprisa que pudo. Llegó el primero y miró fijamente al niño, que estaba en un pesebre y envuelto en pañales. Un varón y una mujer lo contemplaban alegres. Los otros pastores, que ya lo habían alcanzado, se pusieron de rodillas ante el niño. El abuelo lo adoraba. ¿Era este el Rey que le había prometido?

No; debía ser un error.

Aquí no tocaría él nunca.

Se volvió desilusionado, contrariado. Se alejó en la noche. No vio ni la inmensidad del cielo ni a los ángeles que revoloteaban sobre la choza.

Después oyó llorar al niño. No quería oírlo.

Se tapó los oídos y corrió lejos. Pero aquel llanto le perseguía, le tocaba el corazón y; a la postre, le obligó a volver al pesebre.

Y allí estaba, por segunda vez.

Vio que María, José e incluso los pastores estaban asustados e intentaban consolar al niño que lloraba. Pero todo era inútil.

¿Qué podía tener el muchacho?

No le quedaba más remedio. Sacó su flauta de debajo del manto y comenzó a tocar. El niño se apaciguó inmediatamente. Desapareció también el último pequeño sollozo que tenía en la garganta.

Miró al muchacho y le sonrió.

Entonces se alegró y sintió que aquella sonrisa lo enriquecía más que todo el oro y toda la plata del mundo.



8. El paquete de papel dorado

A la pequeña Elena le encantaba ir de compras con la abuela. Especialmente en los días anteriores a Navidad. Sobre todo porque la abuela era muy sensible a sus peticiones. Y así, cada vez que salía con la abuela, Elena volvía a casa con un bello regalo: un nuevo libro, un álbum para colorear, el huevo de chocolate con la sorpresa. . .

A Elena le hubiera gustado mucho jugar con los otros niños mientras la abuela hacía la compra en la pastelería o en la perfumería, pero todos los niños que encontraba tenían cara de pocos amigos y no demostraban ninguna gana de jugar. Además, la abuela terminaba en seguida de hacer la compra, porque en los comercios no había nadie de buen humor que se parase a intercambiar dos palabras, es decir, no había nadie que tuviese tiempo para una palabra cortés.

Haciendo el camino de vuelta, abuela y nieta callaban, agarradas de la mano, mientras despacito comenzaba a caer la nieve.

"Uno solo basta"

Ya en casa, la abuela se sentó en su poltrona favorita. La llamaba su laboratorio de pensamientos. Reflexionó un rato, después se levantó decidida y fue al cuarto trastero. Volvió poco después trayendo en la mano un magnífico paquete-regalo envuelto en papel dorado y atado con una cinta roja.

Elena quería abrirlo para saber qué había dentro, pero la abuela le hizo comprender que el paquete era en realidad un secreto. A la mañana siguiente abuela y nieta salieron pronto de casa llevando el paquete reluciente por el papel dorado y la cinta roja. El primero con quien se encontraron fue Pascual, el huraño guardia con los mostachos retorcidos. Era un tipo que no inspiraba confianza a nadie y que vivía solo. La abuela se le acercó y le ofreció el paquete.

"¿Qué tengo que hacer con él?", preguntó Pascual sorprendido.

"Es para usted", dijo Elena.

El guardia estaba lleno de estupor. "¿Qué contiene?", preguntó.

"Amistad y felicidad", dijo la abuela, y le estrechó la mano.

"Abuela, ¿has visto qué contento estaba?", -dijo Elena-. "¿Volvemos a casa a preparar otros paquetes para regalarlos?"

La abuela movió la cabeza. "No, Elena, -explicó-, uno solo basta".

"Menos mal, también yo tengo amigos en el pueblo", pensó Pascual, y reemprendió el camino con más gallardía y el corazón más caliente. En el camino encontró a Sebastián, el obrero ecológico, que en último caso significa barrendero. Sebastián era tímido y los niños se reían de él. Cuando vio llegar al guardia, el barrendero se escondió detrás del carrito. Pero Pascualle ofreció el paquete diciendo: "Es para ti".

"Gracias", murmuró Sebastián, incrédulo y feliz. Así el guarda y el barrendero se hicieron amigos.

Pero Sebastián no abrió el paquete. "Haré un regalo a Dolores", pensó. Dolores era una niña muy delgada con las trencitas rubias, la única que le decía siempre "Buenos días". Dolores estaba en la cama con gripe ~ un poco azarado, Sebastián confió el regalo a la madre de Dolores, que le ofreció un café. Cuando Dolores tuvo el bellissimo regalo, súbitamente se sintió mejor.

Acarició el hermoso papel dorado y la cinta roja y pensó: "Debe de ser un regalo bellissimo. Lo enviaré a Susi para hacer las paces".

"Nada de particular"

Susi era la mejor amiga de Dolores, pero habían discutido en la escuela hacía dos días y se habían llamado desde "antipática y mojigata" hasta "bruja".

Cuando Susi tuvo el paquete, corrió a la casa de Dolores y la abrazó. Después las dos decidieron que un regalo tan bonito podía hacer feliz a la maestra, que desde hacía algún tiempo parecía muy triste.

A la maestra se le iluminaron los ojos cuando vio sobre la cátedra el paquete reluciente, y aquel día no se le hicieron pesadas las clases y se le pasaron las horas a cuál más radiante. Vuelta a casa, la maestra llevó el regalo a la señora Ambrosetti, que tenía a los hijos lejos y lloraba con mucha frecuencia. Tampoco la señora Ambrosetti se quedó con el regalo, sino que lo mandó a Lucianón, que era sensible y de buenos modales, pero que tenía el oficio de carnicero y por eso todos lo creían sin corazón.

Tampoco Lucianón retuvo el paquete, que así continuó pasando de mano en mano, y todos los que se lo intercambiaban se sonreían y se hablaban. Algunos días después, cuando Elena y la abuela volvieron a hacer las compras, se oían charloteos provenientes de los comercios, mientras los niños tenían ganas de jugar. Un hombre saludó a la abuela y le contó lo que había sucedido por aquí y por allá y cómo la gente desde hacía algún tiempo era más feliz gracias a un misterioso paquete. Mientras la abuela hurgaba en el bolso para sacar las llaves de la puerta de su piso, le vino al encuentro la señora Amalia, que vivía en el piso de abajo y que jamás le había dirigido la palabra.

"Quisiera desearle Feliz Navidad", dijo y le ofreció. . . el bellissimo paquete con el papel dorado y la cinta roja. '-

"Gracias", respondió la abuela sonriendo. "¿Por qué no viene de vez en cuando echar una parrafadita?". "Muy bien», gritó Elena, cuando ya estuvieron solas en casa. "El paquete ha vuelto a nosotras. ¿Me dice ahora qué lleva dentro?".

"Nada de particular, -respondió la abuela-. "Sólo un poco de amor»



9. El panadero de Belén

"Con agua y un poco de harina sale una pasta muy fina. . ."

El panadero de Belén canturreaba para sí mientras trabajaba. Le gustaba oír la retahíla de palabras, porque le hacían compañía en su taller, donde, antes de salir el sol, amasaba el pan, pieza tras pieza, para venderlo luego a lo largo de la jornada.

"Con agua y un poco de harina sale una pasta muy fina..."

En aquel momento oyó una llamada frenética en la puerta. ¡Thm, tum, tum! Rezongando, dejó la masa, se limpió las manos en el delantal y abrió la puerta.

Un varón, una mujer y un niño

Ante él estaban un varón y una mujer, extenuados y temblando. La mujer apretaba entre los brazos a un niño recién nacido. "Por piedad, ayúdanos", le suplicó el varón. "Mi nombre es José; esta es mi mujer María. Los soldados del rey Herodes están buscándonos. Quieren matar a nuestro hijo".

El panadero había oído aquella horrible historia. Todos los niños de Belén debían ser eliminados, porque el rey Herodes pensaba que uno de ellos, una vez crecido, le quitaría el trono.

"Pasad rápido", dijo. Les hizo entrar inmediatamente, escudriñó un momento la oscura callejuela y después atrancó cuidadosamente la puerta. La familia se acurrucó en un rincón, mientras el panadero reemprendía el trabajo.

"Con agua y un poco de harina sale una pasta muy fina. . ."

Un rato después, resonó una violenta llamada en la puerta. ¡Bum, bum, bum! Un potente vozarrón gritó: "Abre esta puerta, panadero. En nombre del rey Herodes".

"Los soldados", musitó José. "Estamos perdidos", murmuró sumisamente María. Pero todo lo que el panadero logró pensar eran las cómicas palabras que canturreaba todos los días:

"Con agua y un poco de harina sale una pasta muy fina. . ."

Una extraña cuna

"Ya está", exclamó haciendo chasquear los dedos. Era una idea atrevida, pero podía funcionar. Tomó una gran cantidad de pasta puesta a fermentar y la moldeó en forma de pan, dejando en su interior un nicho amplio y cómodo.

"Dadme el niño", dijo el panadero apenas hubo terminado el trabajo. ¿Qué elección tenía María? Los soldados alborotaban impacientes golpeando la puerta con las lanzas. Entregó al pequeño Jesús al panadero, que lo escondió en la blanda cuna dentro de la pasta en forma de pan.

"Sé bueno por un momento, pequeñín mío, -le susurró-. Nos daremos la mayor prisa que podamos".

Después se dirigió a la puerta y abrió.

"Buscamos a un varón, a una mujer y a un niño", gruñó el capitán de los guardias, que miró receloso a María y a José.

"Bueno, aquí hay un varón y una mujer, respondió el panadero. "En realidad, son dos de mis mejores clientes. Pero no veo a ningún niño". El capitán rezongó otra vez y ordenó a los soldados que inspeccionasen el taller del panadero. Comenzaron a revolver en los armarios y en los cestos, dentro del horno y en todos los recipientes que encontraban. Pero ninguno se fijó en la enorme forma de pan que estaba en la mesa precisamente delante de sus ojos. Al final los soldados se marcharon. El panadero se apresuró a abrir la pasta. El Niño Jesús estaba completamente enharinado, suspiró y estornudó. Pero estaba sano y salvo, y María lo apretó feliz contra su corazón.

"Gracias", dijo José.

"Nos has salvado a los tres", añadió María.

Después, cuando los soldados se desvanecieron en lontananza, la familia se puso otra vez en camino. ¿Y el panadero? Su jornada acabó exactamente como había comenzado. En el obrador, con su horno y su pan perfumado, tarareando su cantinela preferida.



10. El mensaje del cuervo

El cuervo era un pájaro envidioso. Envidiaba al petirrojo y al jilguero y a la paloma, porque eran mucho más bellos que él.

Y envidiaba al gorrión y al ruiseñor, porque no podía ni siquiera cantar como ellos. Como una sombra oscura y atormentada, el cuervo volaba por el cielo nocturno, gritando su solitario "cra, cra". Una fría noche de diciembre el cuervo notó de repente que no estaba solo. El cielo de su alrededor comenzó a temblar y a vibrar como si estuviese a punto de llegar una bandada de buitres.

Pero después el cuervo oyó cantar tan armoniosamente que nunca hubiera pensado que un sonido tan bello pudiese provenir de aquellos extraños seres alados. De nuevo el cuervo se sintió lleno de envidia.

¿Por qué debería importunar a aquellos misteriosos pájaros de espléndida voz dorada?

La buena noticia

Pero la curiosidad era fuerte y así, venciendo la envidia, el cuervo comenzó a buscar en el cielo. Y he aquí que vio en torno a él no una bandada de pájaros, sino un escuadrón de ángeles dorados.

"Una buena noticia", cantaban los ángeles. "Os anunciamos una buena noticia. El Hijo de Dios ha nacido esta noche en Belén. Y tú, cuervo, debes ir a anunciarlo a todos los demás pájaros".

"¿Yo?, -graznó el cuervo-. ¿Por qué yo? Soy el más desgraciado de los pájaros, y en cuanto a mi voz vosotros mismos podéis juzgar. No me escucharán jamás".

"Has sido escogido tú", cantaron los ángeles. Y; sin añadir nada más, desaparecieron en la noche.

¿Qué podía hacer el cuervo?

Los pájaros debían conocer la buena noticia. Entre todos los pájaros, él había sido escogido para anunciarla.

Se lanzó planeando desde el cielo, sobrevolando las cimas de los árboles, tomó aliento y comenzó a gritar su anuncio, con su voz cortante como el viento de la noche.

"Ha nacido el Mesías", gritaba el cuervo al petirrojo y al jilguero y a las tórtolas.

"Ha nacido en Belén esta noche". "Debemos ir a adorarlo", comenzaron a gorjear, a trinar, a cantar los pájaros.

El cuervo se sorprendió de que ninguno dijese nada de su horrible voz.

"Ha nacido Cristo", gritaba y gritaba a gorriónes y a ruiseñores. "Debemos ir también nosotros", gorjearon. Una vez más el cuervo se extrañó porque ninguno aludía a la desagradable aspereza de su voz.

Una voz dulcísima

Al final el cuervo voló a Belén. Vio al Niño alargar la manita para tocar las plumas vermejas del petirrojo, sintió al Niño gimotear feliz mientras el ruiseñor le cantaba una nana.

Habría querido algo más que permanecer en un rincón oscuro, encaramado sobre una viga carcomida del establo.

"Pero, ¿no te das cuenta?", le susurró una voz dulcísima acompañada de un roce de alas doradas. "Tú has hecho la cosa más importante. No habría aquí

ningún pájaro esta noche, si tú no hubieras volado toda la noche para gritar a todos la buena noticia".

El ángel desapareció y se llevó lejos toda la envidia del cuervo. Sin miedo, voló desde la viga y se unió a los otros pájaros en torno al Santo Niño.



11. Han robado al Niño Jesús

Esta es una historia verdadera. Sucedió no hace mucho tiempo en Banzano, un pueblecito de Italia meridional. Aquel año, una semana antes de Navidad, como siempre, todos, pequeños y grandes, se agitaban en plena efervescencia. Dominaba la plaza un gigantesco abeto iluminado, el panadero trabajaba día y noche para preparar tartas, el párroco y el alcalde se intercambiaban los augurios cinco veces al día. En la iglesia el sacristán había comenzado a preparar el gran belén, con personajes de cera de tamaño natural. Sacaba las estatuas de un gran armario. Colocó a la Virgen y luego a San José. Encontró a los pastores, a la mujer del pozo, pero buscó en vano al Niño Jesús. Revolvió el armario de arriba abajo. Nada que hacer. Alguien había robado la estatua del Niño Jesús.

Recaló en la plaza como un proyectil, gritando: "Han robado al Niño Jesús. Han robado al Niño Jesús". Al párroco casi le da un síncope, los carabineros iniciaron el registro de las casas, los paisanos comenzaron a acusarse unos a otros. Uno echaba la culpa a la suegra, otro al vecino, otro al dueño de la casa y otro al inquilino.

Un joven pastor que vivía en la montaña completamente solo oyó el desbarajuste y bajó a ver qué pasaba. Miraba la escena con tristeza y hubiera deseado poner un poco de paz, pero un paisano le apuntó con el dedo y gritó: "Ese ha robado al Niño Jesús, estoy seguro; ayer por la tarde lo vi merodeando alrededor de la iglesia".

Todos comenzaron a gritar: "¡ Al ladrón, al ladrón!". El joven pastor escapó corriendo con todas sus fuerzas. Conocía los rincones más escondidos de la montaña y los paisanos no lograron encontrarlo.

Una luz en la barraca

El pastor pasó la noche en su escondrijo, apoyado en un viejo muro en ruinas. A la mañana siguiente notó que por el muro corría una hendidura de algunos milímetros. Lleno de curiosidad, miró aquella hendidura y la siguió con el dedo hasta tierra. La hendidura continuaba también sobre el terreno. Se enderezó y persiguió su rastro. Algunas veces la perdía; desaparecía bajo los montones de piedras, pero la encontraba más adelante un poco más ancha. La siguió durante tres días, hasta un pueblo dividido en dos por una ancha falla. Las casas se habían caído. Se oían gemidos y gritos. Algunos corrían a salvar a los que habían quedado bajo los escombros. El pastor se remangó y se adelantó para echar una mano. Rescató a algunos heridos y en ocasiones a muertos que parecían reposar en el silencio y en la inmovilidad.

Un poco lejos, aparte, notó una luz trémula. Provenía de una barraca de madera que el terremoto había respetado. Había un pequeño grupo de personas a la entrada. Se acercó y vio a una mujer que acababa de dar a luz a un niño. Lo sostenía entre sus brazos y lo miraba con ternura. A su lado estaba el padre, con la sonrisa en los labios y una luz cálida en sus ojos. La mujer se llamaba María y el varón José. En torno a ellos todo estaba en calma; se hubiera dicho que el niño hacía florecer vida y esperanza en aquel montón de ruinas.

El joven pastor, cansado, se quedó dormido junto a la barraca. Fue despertado por la mañana por los vagidos del niño. Recordó las acusaciones de sus paisanos de Banzano y pensó: "Me acusan de haber robado al Niño Jesús.

Pues bien, voy a restituirselo".

Tomó de la mano a José y a María, que llevaba al Niño, y dijo: "Venid conmigo".

La grieta en forma de estrella

Llegaron a Bazano la víspera de Navidad. María había enrollado la manta en que dormía el Niño con los ojos cerrados y los puñitos muy apretados. Delante de la iglesia, el pastor tomó al Niño y entró. Toda la gente se había reunido para la Misa del Gallo. Lo vieron y comenzaron a bisbisear. Ojos acusadores lo miraban mientras avanzaba por la nave central. Llegó delante del belén donde el puesto del Niño Jesús había quedado vacío. Se acercó, depositó la manta sobre el pesebre y la desenvolvió lentamente. Los paisanos asombrados vieron al niño. Alguien gritó: "Es una broma".

Pero precisamente en ese momento se advirtió como un crujido en el suelo. La gran losa negra donde el pastor había depositado al niño se rompió ligeramente, formando una especie de estrella. La gente se quedó rígida muerta de miedo, luego cayó de rodillas. Se hizo un gran silencio.

Entonces el joven pastor contó la historia: cómo había sido guiado, cómo había descubierto a María y a José y a su hijo, salido de las entrañas de la muerte, brotado como una flor en un campo de ruinas. Los habitantes de Banzano comprendieron entonces que la Navidad no era una fiesta en torno a estatuas de cera. Desde entonces en Banzano, el día de Navidad, el puesto del Niño Jesús de cera queda vacío en la cuna del pesebre. Nadie trata ya de descubrir quién lo ha robado. Tal vez ha sido un ángel. Se deja el puesto vacío y la fisura en forma de estrella con las puntas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales. De este modo, el puesto vacío del Niño Jesús de cera continúa abriendo los corazones, para que Dios nazca de nuevo en carne y hueso en medio de los hombres.



12. El regalo del ángel

Había una vez un ángel al que le encantaba asomarse desde el pretil del paraíso y mirar hacia abajo, hacia la Tierra. Estaba tan lejana que no lograba ver casi nada, pero continuaba observándola igualmente, perdido en sus pensamientos.

Los otros ángeles, curiosos, corrieron a referírsele a la Virgen.

Un día la Virgen se le acercó y le preguntó dulcemente: "¿Qué haces aquí, angelito mío?"

Haciendo de tripas corazón, el angelito respondió: "Me gustaría bajar a la Tierra". "¿A la Tierra? ¿No eres feliz aquí?"

"Oh, sí, Señora mía, pero me gustaría ir en Navidad, con Jesús. Un Ángel Custodio me ha dicho que en la Tierra hay niños, criaturas semejantes a nosotros. Quisiera verlos y llevarles algún regalo".

Después calló, sin atreverse a levantar la vista. Si lo hubiese hecho, habría visto a la Virgen sonreír. Aun así, cuando ella se alejó, el angelito sintió el corazón lleno de esperanza. Y cuando llegó la víspera de Navidad fue el único ángel escogido para acompañar a Jesús.

La Virgen en persona le llenó un cesto de regalos, bellos para ver y deliciosos para comer. ,

Apenas descendió la noche, el angelito partió hacia la Tierra.

Jesús no abandona nunca a su Iglesia, pero su presencia está más viva que nunca en la noche de Navidad; así en esta Santa Noche los cielos y la tierra se llenan de ángeles que traen gracias sobre gracias a los hombres de buena voluntad.

El angelito se deslizó a lo largo de la oscura noche, dejando tras de sí una estela de partículas doradas.

La Tierra se acercaba, y el angelito logró distinguir el mar agitado, después una floresta de pinos, que se recortaban negros sobre la nieve, y finalmente el campanario de una aldea. Jesús dijo: "Esta es la aldea: encontrarás a muchos niños buenos. Bésalos en mi nombre, pero con suavidad, de manera que no se despierten, y déjales los regalos. Pero cuando las primeras estrellas comiencen a palidecer, vuelve veloz al paraíso".

El angelito prometió obedecer, y Jesús siguió su camino.

Una caseta oscura y escondida

El angelito entró en las casas y vio a los niños dormidos; por su caras lograba distinguir a los buenos de los menos buenos. En la frente de los primeros depositó un beso en nombre de Jesús, y sobre las de los segundos dejó caer una lágrima. No encontró ninguno verdaderamente malo; pero, si hubiese sucedido, habría llorado mucho. Cuando las primeras estrellas comenzaron a palidecer. Su cesto estaba vacío, y el angelito se dispuso a volver al paraíso. Desde lo alto, después de haber levantado el vuelo, vio una caseta oscura y escondida, que no había percibido antes. "Esperemos que no haya niños", pensó preocupado, volviendo atrás y espiando por la ventana. Pero había uno, dormido sobre un montón de hojas y cubierto sólo por una andrajosa manta. El niño era tan bello que el ángel se acercó para verlo mejor, y comprendió que era muy bueno: recitaba sus oraciones y ayudaba a su pobre madre. Durante el sueño temblaba de frío: en la casa no había leña para encender el fuego ni

para calentar una sopa. La madre había ido a misa para pedir ayuda a Jesús. El angelito vio todo esto y; mientras hurgaba en el fondo del cesto, las lágrimas le regaban las mejillas. Si hubiera habido aunque sólo fuera una fruta o un dulce. Pero no había quedado absolutamente nada. No tenía ningún regalo para él, excepto el beso en el nombre de Jesús, que el niño no recordaba después. Los ángeles tienen el poder de hacer soñar a la gente; pero habría sido una crueldad hacer soñar cosas bellas a este niño, para dejarlo luego, al despertarse con las manos vacías en el frío punzante. El ángel reflexionó sobre todo esto y desde lo profundo del corazón pidió ayuda a la Virgen.

El poder de las estrellas

Después, mirando al cielo a través de la ventana, tuvo una magnífica idea: voló veloz hacia la primera estrella ~e brillaba en el firmamento, y volvió inmediatamente después, sujetándola delicadamente entre los dedos. La depositó con cautela en el fogón, y desde allí la estrella iluminó la mísera choza con su alegre resplandor, y calentó el agua de la olla, que comenzó a emanar un perfume delicioso. Efectivamente, las estrellas confieren al agua un maravilloso aroma de leche, miel, chocolate y otras cosas deliciosas. El angelito abrazó al niño y voló fuera de la ventana. Porque Dios no permite a los ángeles dejarse ver sobre la Tierra.

Cuando se despertó, el niño vio la estrella resplandeciente en el hogar y a su madre, estupefacta, en el umbral de la casa.

"Creo que un ángel ha volado por allí, -dijo, indicando la ventana-. Me parece haber visto la punta de una de sus alas".

La madre comprendió todo, porque era el día de Navidad.

Entre tanto, el angelito volvía al paraíso más veloz que nunca: efectivamente, comenzaba a amanecer. Cuando llegó, los ángeles estaban todos en torno a la Virgen.

"Casi llegas tarde, mi pequeño ángel", dijo Jesús. Pero sonreía. Y el ángel comprendió que no estaba enfadado. Mientras atravesaba la gran cancela dorada, el angelito miró hacia atrás y se paró de repente; abajo, en el recamado de: las estrellas que adornaba el cielo azul, había un espacio vacío. Volando hacia lo alto, Jesús no lo había notado, pero Dios lo habría visto inmediatamente y habría preguntado: "¿Quién ha hecho esto?".

Y el angelito no habría podido volver nunca más a la Tierra a ver a los niños. Primero, no había logrado ser amable con todos ellos; y luego, para remediarlo, había osado deshacer la obra divina.

El manto de la Virgen

El angelito se paró sollozando sobre la escalinata, y su llanto atrajo la atención de la Virgen. Él no logró explicar la razón de sus lágrimas, pero indicó el hueco que sobresalía en el recamado de las estrellas compuesto por Dios, y la Virgen comprendió. Sabía todo sobre los niños y pudo ver al pobre niño y a su madre comiendo la sabrosísima sopa. Arrancó una de las estrellas que adornaban su manto y la ofreció al angelito.

Le dijo: Ve y colócala en su sitio. Yo te esperaré". Y bendijo sus alas para que pudiese volar más deprisa. Poco después el angelito volvió feliz al paraíso. Abajo, cerca de la Tierra, brillaba la estrella de la Virgen. Era más bonita que las otras, tan resplandeciente y luminosa que el Señor con toda certeza la

reconoció. Pero no dijo nada; después de todo, no era el caso de recriminar nada a la Virgen.

En la Tierra también los hombres la reconocieron y la llamaron Estrella de la Mañana, Stella Matutina. Es la primera en aparecer y la última en apagarse y es más grande y más bella que todas las demás, porque es la estrella de la Virgen.



13. Por qué sonaron las campanas

En una gran ciudad había una vez un iglesia verdaderamente espléndida. Desde la entrada principal apenas se lograba descubrir el altar de piedra que se encontraba en la otra parte. Junto a la iglesia se elevaba un campanario, semejante a una torre, tan alto que la punta se distinguía solamente cuando el ambiente era muy limpio.

En lo más alto de la torre había unas campanas de las que se decía que eran las más bellas y las más sonoras del mundo, pero ningún ser viviente las había oído nunca.

Eran las campanas especiales de Navidad: podían dejar oír sus repiques sólo la noche de Navidad y; además, sólo cuando hubiera sido colocado sobre el altar el más grande y el más bello regalo para el Niño Jesús.

Desde hacía muchos años no se había presentado una ofrenda tan apropiada que hubiese merecido el sonido de las grandes campanas.

A pesar de todo, cada víspera de Navidad la gente se arremolinaba ante el altar llevando dones, intentando superarse mutuamente, pujando en la invención de ofertas más extraordinarias. Aunque la iglesia estuviera repleta y la función fuese espléndida. En lo alto de la torre de piedra se oía sólo el silbido del viento.

Pedro y su hermano

En una aldea bastante lejana de la ciudad vivía un muchacho llamado Pedro' junto con su hermanito. Habían oído hablar de las famosas ofrendas de la víspera de Navidad y durante todo el año habían hecho proyectos para asistir a la grande y fastuosa ceremonia y a la Misa del Gallo.

La mañana anterior al día de Navidad, al alba, mientras caían los primeros copos de nieve, Pedro y su hermanito se pusieron en camino. Al caer la noche, casi habían alcanzado la puerta de la ciudad. Delante de ellos, tirada en tierra, descubrieron a una pobre mujer ~e había caído en la nieve, demasiado cansada y enferma para buscar refugio en algún sitio. Pedro se arrodilló tratando de levantarla, pero no lo consiguió.

"No puedo, hermanito, -dijo Pedro-. Pesa demasiado. Debes proseguir tú solo".

"¿Yo solo? , -exclamó el hermanito-. Además, tú no estarás en la función de Navidad".

"No puedo hacer otra cosa, -dijo Pedro-. Mira a esta pobre mujer. Su cara es semejante a la de la Virgen de la vidriera de la capilla. Morirá de frío si la abandonamos. Todos han ido a la iglesia, pero yo me quedaré aquí y me cuidaré de ella hasta el final de la misa. Entonces tú podrás traer hasta aquí a alguien que la ayude. Querido hermanito, toma esta monedita de plata y ponla sobre el altar: es mi ofrenda para el Niño Jesús. Ahora, corre, date prisa".

Y mientras el niño se dirigía hacia la iglesia, Pedro se restregó los ojos para retener las lágrimas de desilusión que le regaban las mejillas. Después pasó un brazo por detrás de la cabeza de la pobre mujer, que se quejaba débilmente, y trató de sonreírle.

"Ánimo, señora, -le dijo-; dentro de poco vendrá alguien».

El Rey llegó el último

En la gran iglesia la función de aquella vigilia fue más espléndida que nunca. Sonó el órgano y los fieles cantaron y; al final de la función, pobres y ricos avanzaron orgullosamente hacia el altar para ofrecer sus dones. Poco a poco, sobre el altar se acumularon objetos espléndidos de oro, de plata y de marfil taraceado, dulces elaborados de las maneras más impensables, telas pintadas y brocados.

Finalmente, con un gran roce de seda y tintinear de espadas, el Rey de la nación recorrió la nave. Llevaba en la mano la corona real, cuajada de piedras preciosas que emitían destellos de luz a todos lados.

Un escalofrío de excitación electrizó a toda la asamblea.

"Sin duda esta vez se oirá sonar las campanas a fiesta", murmuraban todos. El Rey depositó sobre el altar la espléndida corona. La iglesia cayó en un silencio profundo. Todos contuvieron la respiración, con las orejas tensas para escuchar el sonido de las campanas.

Pero en el campanario sólo silbó el gélido viento acostumbrado.

Los fieles movieron la cabeza incrédulos. Alguno comenzó a dudar de que aquellas extrañas campanas hubieran podido sonar alguna vez. "Tal vez se han bloqueado para siempre", sostenía otro.

El organista dejó de tocar

La procesión había terminado y el coro estaba a punto de iniciar el himno de clausura, cuando de repente el organista dejó de tocar paralizado. Porque de improviso desde la cima de la torre se había elevado el dulce sonido de las campanas. Un sonido ora alto ora bajo, que fluctuaba en el aire llenándolo de sonoridad festiva.

Era el sonido más angelical y agradable que se hubiera oído jamás.

La multitud quedó al momento hechizada y silenciosa. Después, todos juntos, se levantaron dirigiendo los ojos al altar para ver qué maravilloso don había despertado finalmente las campanas de su largo silencio. No vieron otra cosa que la figura del hermanito que silenciosamente se había deslizado a lo largo de la nave para depositar sobre el altar la monedita de plata de Pedro.



14. El canto de Belén

El comendador Perini era un hombre muy atareado. Su empresa de material electrónico navegaba a toda vela. Era una empresa de vanguardia por la técnica y por la capacidad productiva. El comendador supervisaba todo con gran atención. Obreros y empleados temían sus incursiones imprevistas: quien se equivocaba o no mantenía el ritmo de producción establecida era despedido sin compasión. "Estamos todos en el mismo barco", gritaba el comendador a sus colaboradores. "O nos salvamos todos o nos ahogamos todos. Por tanto, remar, remar, remar».

Con ceño de viejo bucanero, el comendador Perini pilotaba el barco de su empresa por las buenas y sobre todo por las malas.

Todos los años, al acercarse Navidad, para demostrar que al fin y al cabo él también tenía un buen corazón, el comendador ordenaba una tarta para cada dependiente.

Normalmente encomendaba este menester a su secretaria. Pero un año, cuando sólo faltaba una semana para Navidad, la secretaria no se presentó en la oficina. Estaba en cama con el sarampión que le había transmitido el hijo más pequeño. Bufando como una foca asmática, el comendador Perini salió para ocuparse personalmente de las tartas navideñas.

El gran belén de Santa Teresita

La pastelería en la que compraba las tartas estaba en el centro de la ciudad; pero, cuando llegó el comendador, a pie, mascullando toda serie de improperios contra la administración ciudadana que no había previsto aparcamientos en la zona, los cierres metálicos estaban todavía echados.

El comendador se dedicó a pasear nervioso por la calle, adelante y atrás. La tercera vez que pasaba por delante de una iglesia, vio un cartel en la puerta. Un letrero hecho por una mano infantil con plumilla roja proclamaba: «Visite el gran belén de Santa Teresita". El comendador decidió ver aquella maravilla y entró en la iglesia. El belén ocupaba una capilla lateral. Era un belén ingenuo, con sus montañas de papel ajado., las estatuillas diseminadas acá y allá y de diversas proporciones, el riachuelo con los patos de plástico que no iba a ninguna parte, dos ovejas con las patas al aire. Pero algo desconcertó al comendador y lo conmovió tanto que le obligó a permanecer en silencio, inmóvil, ansioso.

Era la música. Una música dulce y licuante, luminosa, llena de alegría y de calor afectuoso. El comendador escuchaba extasiado: nunca había oído una música tan bella. Después de un rato se repuso y salió. Tenía las lágrimas en los ojos. Tampoco esto le había sucedido nunca.

El misterio de una música

La pastelería ya estaba abierta y llena de clientes. El comendador encargó las tartas y poco después volvió a la iglesia. Esta vez fue derecho a la sacristía. El párroco estaba preparándose para la misa. El comendador lo abordó con el ceño consabido: "Reverendo, haga el favor de darme una información".

"Usted dirá".

"Dígame el título de la música que han puesto como fondo al belén. Quiero comprarme el disco".

El párroco lo miró dubitativo.

"No hay música en el belén". "Pero, ¿qué dice? Venga un momento a escuchar, estalló el comendador.

Llegaron juntos ante el belén. Ahora todo estaba envuelto en el silencio.

"La habrán cortado", dijo el comendador.

"Mire. -El párroco levantó la tela que servía de trasfondo al belén-. No hay ningún tocadiscos o grabadora, nada de nada".

"Pero, pero...", balbuceó el comendador, lívido el rostro por la sorpresa y el embarazo. Se marchó confuso y furibundo. Le parecía que le habían tomado el pelo. Caminaba airadamente para llegar al coche. Sin dignarse a dirigirle una mirada, sobrepasó a una mujeruca envuelta en un chal oscuro que tendía la mano a los peatones, pero luego se paró de repente. ¡La música! La misma música que había oído en el belén estaba ahora allí, por la calle. La música lo reclamaba hacia atrás y él la siguió. Cuando estuvo delante de la mujer que pedía limosna, la música aumentó de volumen.

Se sintió "obligado" a echar mano de la cartera. Tomó dos billetes de banco y se los dio a la mujer, que se lo agradeció con ojos incrédulos. El comendador Perini jamás había dado limosna. "Todos son estafadores", sostenía.

Inmediatamente después de este gesto se sintió invadido por una paz y una tranquilidad nunca experimentadas, mientras la música del belén mecía dulcemente su alma. De repente le vino un fuerte deseo de reír y de bailar. Se contuvo y corrió a la oficina.

Pero, ¿qué me sucede?

En la mesa le esperaba una carta de despido. Sólo faltaba su firma. Uno de los técnicos más jóvenes había sobrepasado el límite máximo de ausencias. El comendador Perini era siempre muy estricto sobre este punto. Despedía normalmente sin atisbo de duda y sin ningún remordimiento. Hizo llamar al técnico para comunicarle su decisión irrevocable.

Era un joven pálido y delgaducho. "He tenido una horrible enfermedad, -murmuró dubitativo-. Por esto no...". El comendador alzó la mano bruscamente para interrumpir las excusas. Estaba a punto de pronunciar el fatídico "Demasiado tarde", cuando de improviso la melodía del belén llenó la oficina.

"¿Oye algo?", preguntó. "No", respondió el joven, extrañado.

"Bien, bien, -dijo el comendador con cierto embarazo-. Sólo quería desearle Feliz Navidad. Y cúrese pronto, por favor".

"Gracias", dijo el joven con evidente alivio. Salió con el ánimo recobrado y con un poco de color en la cara. El comendador rompió la carta de despido y arrojó los trozos por la ventana, como si fueran confeti.

"¡Fuera, fuera!". ¿Qué me sucede?", se preguntó preocupado.

Durante la noche, en casa, se despertó sobresaltado. La música del belén resonaba en la habitación más fuerte y más dulce que nunca. Su mujer dormía plácidamente. La música se hizo más insistente. El comendador se vio obligado a seguirla. La melodía le agarró de la mano y le llevó a la habitación de su hijo. El muchacho se había dormido con un libro de matemáticas en la mano. Al día siguiente tenía un examen. El comendador sintió que el remordimiento le invadía el interior. ¿Desde cuándo no daba un abrazo a su hijo? ¿Desde cuándo no le decía "Bravo"?

Acarició la cabeza un poco enmarañada y dijo bajito: "Eres un buen chico y me siento orgulloso de ti. Te quiero. Desde mañana tendrás un padre de ver-

dad". La música del belén resonó más alegre que nunca en su alma y le llenó de infinita paz.

"Este año ha llegado de verdad la Navidad", dijo el comendador.



15. Benjamín

En el campamento de los pastores, en Belén, la noche de Navidad había quedado solo el pequeño Benjamín. Su perrito, Golías, se empeñaba en vano en consolarlo, apoyando la cabeza en las piernas gráciles del pequeño amo, gruñendo y moviendo la cola.

Todos los pastores del campamento se habían marchado. Una visión luminosa los había invitado a rendir homenaje al Rey de Reyes que había nacido precisamente en aquella noche. Todos se habían ido de prisa, excitados, llevando dones, flautas y zampoñas.

El pequeño cojo Benjamín se había quedado junto al fuego, con un gran deseo interior de llorar. Habría sido sólo un estorbo; no habría logrado seguir su ritmo con su solo pie todo torcido y su muleta. Golías le dio un lametazo afectuoso en una mano.

En lo alto, en la cúpula de terciopelo negro de la noche, brilló una estrella muy luminosa.

A toda costa

Benjamín tomó una decisión. Sorbió las lágrimas, aferró su muleta, se levantó con gran esfuerzo y después, saltando y apoyándose, se encaminó en la dirección seguida por la estrella. Podía conseguirlo. Emplearía todo el tiempo que fuera necesario, pero también él honraría al Rey de Reyes, nacido en aquella santa noche. Golías movía la cola a veces detrás, a veces delante de él, ladrando a las cornejas y a los matorrales para animarse.

Pero Benjamín caminaba a duras penas de día; así que, ¡figurarse por la noche! Su muleta se astillaba contra las piedras; más de una vez el muchacho acabó con la cara contra el suelo por haber caído en algún hoyo. Pero cerraba los puños y continuaba renqueando; quería llegar a toda costa. Y aquella estrella en el cielo parecía animarlo. Se cruzó con pastores que regresaban ya; estaban alegres y contaban lo que habían visto. Alguno invitó a Benjamín a desistir, diciendo: "Te lo contaré todo yo mismo". Pero Benjamín respondía: "No; quiero verlo yo". Y aunque le dolían los brazos, aseguraba enérgicamente su muleta en la tierra y proseguía.

Casi se había terminado la noche, cuando llegó donde la estrella se había detenido. Era sólo un pobre establo, como tantos otros, pero delante de la entrada se movía una extraña multitud. Había camellos enjaezados y criados ricamente vestidos, lanzas y cimitarras que centelleaban al fulgor de las hogueras. Golías ladró a los camellos, que ni se dignaron a dirigirle una mirada. Saltando, Benjamín se asomó a la puerta del establo.

Vio a un hombre en un rincón y en la paja a una mujer de ojos iluminados por una ternura que inundaba el establo y en su seno a un niño pacíficamente dormido.

Cofres preciosos

Tres personajes de porte austero y misterioso estaban postrados ante el niño en una actitud llena de veneración. En cierto momento, uno después del otro, los tres personajes ofrecieron al niño dones, contenidos en unos preciosos cofres. El primero ofreció incienso rarísimo, que se elevó en volutas elegantes. El niño se despertó y comenzó a toser. El segundo personaje, un mago imponente de piel de color de ébano, abrió un cofrecillo lleno de collares de

oro. El resplandor del oro amedrentó al niño, que escondió su pequeño rostro en los brazos de la madre. El tercero puso a los pies del niño mirra costosísima. El penetrante perfume del precioso ungüento hizo estornudar al niño. Benjamín estaba consternado. ¡Con la prisa había olvidado el regalo! Se miró: era un pobre muchachillo tullido, que caminaba sólo con la ayuda de una muleta. ¡ La muleta! Claro que sí. Era la cosa más preciosa que tenía. Se la ofrecería al Santo Niño. Se acercó tímidamente. Se apoyó en el pesebre y alargó la muleta hacia el niño. El niño abrió los ojos y sonrió. Una sonrisa que inundó de alegría a Benjamín. Después el niño apretó su pequeño puño en torno a la muleta y se la llevó hacia sí. Lo hizo con una fuerza sorprendente. Benjamín quedó asombrado y se tambaleó: estaba a punto de caer, pero no cayó.

Una caricia

Instintivamente bajó el pie. Su pie lisiado y enfermo que nunca había caminado. Estaba curado. Hasta Golías, que lo había seguido y lo miraba con sus ojazos fieles, ladró de felicidad. Benjamín comprendió que al niño le había complacido su regalo y que, a su manera, le había devuelto una recompensa. Dio un salto para comprobar que estaba curado y después se postró de rodillas ante el niño, le besó la mano regordeta y le rozó la cara con los labios murmurando muy bajito: "¡Gracias!".

La mamá del niño acarició con ternura la cabeza rizada de Benjamín, que volvió a la carrera hacia el campamento. En esta ocasión Golías no logró dejarlo atrás.



16. Cuando robaron al Niño Jesús

El primero en darse cuenta del desaguisado fue Luis, el sacristán. Estaba limpiando el polvo de los candelabros, cuando sus ojos se posaron en la cuna del Niño Jesús que ya presidía la sacristía, dispuesto para ser colocado ante el altar en la Noche Santa.

Quedó bloqueado, paralizado por la sorpresa, con la boca abierta, incapaz incluso de dar la alarma. "¡Don Ricardo, don Ricardo!", comenzó a gritar con la voz ahogada. El pobre hombre estaba consternado. Era el 24 de diciembre y aquella noche el precioso Niño Jesús de la parroquia (el más bello de la diócesis y probablemente de la Iglesia, afirmaba don Ricardo) debía ser colocado en su cuna, con su dulce sonrisa y los ricitos rubios, sobre los que jugueteaban los reflejos de las luces de la iglesia.

"Don Ricardo, han robado al Niño Jesús", gritó Luis al párroco que se había asomado a la puerta.

La cuna estaba vacía. El Niño Jesús ya no estaba. "Pero, ¿cómo es posible?". También don Ricardo miraba asombrado la cuna vacía. "Es una estatui-lla sin valor artístico. Sólo tiene valor simbólico, afectivo". "¿Cómo hacemos ahora? , -preguntó Luis-. ¿Quién se lo dirá a los niños?" .

"Lo encontraremos nosotros"

En ese preciso momento se oyeron pasos. Eran pasitos muy rápidos, como a pequeños brinquitos.

Un instante después aparecieron las naricillas rojas por el frío y los ojazos vivos de Ángel y Marisa, bajo los gorros de lana.

Los dos niños apretaban en sus manos unos sobres decorados con dibujitos graciosos. "Don Ricardo, hemos traído las cartas", anunció orgulloso Ángel.

"Las cartas para el Niño Jesús", precisó Marisa.

Don Ricardo suspiró. Luis se marchó, persiguiendo un polvo imaginario en el banco de la sacristía. Los niños miraron la cuna y comprendieron inmediatamente las consecuencias del hecho. Si no estaba Jesús, no recibiría sus cartas. Por tanto, no podría traerles alegría, amor y paz. Tampoco los pequeños regalos que nunca olvidaba.

Se miraban desilusionados y preocupados, mientras Luis murmuraba: "10 sabía. Se mascaba algo raro en el ambiente. Ya no hay respeto. No hay más que drogas y delincuentes. Ha sido la mafia, ya lo decía yo".

"Quieren hacer perder la fe a la gente, eso es lo que quieren", añadió don Ricardo con cara de pocos amigos.

Ángel y Marisa se miraron y después dijeron al unísono: "No se preocupen. Nosotros encontraremos al Niño Jesús".

En la vorágine de las compras

Ángel y Marisa eran fieles telespectadores de las andanzas del Comisario Derrick, por tanto, comenzaron a investigar con mucha seriedad.

Con paso decidido entraron en la Oficina de Objetos Perdidos.

"¿Habéis encontrado un Niño Jesús?", preguntaron al empleado.

En aquella oficina había de todo: un osito de peluche hecho trizas, un violoncelo con las cuerdas rotas, 24.000 paraguas, 13.500 pares de guantes, tres za-

patos del pie izquierdo, un millón de libros de texto, un cocodrilo de paja.

¡Pero ningún Niño Jesús!

Ya no cabía ninguna duda: el Niño Jesús había sido robado.

Los dos niños habían visto en la televisión que un ladrón había escondido lo robado debajo de un puente. Ángel y Marisa corrieron raudos hacia el gran puente de piedra de la ciudad para encauzar sus pesquisas en una dirección concreta.

Pero era la víspera de Navidad y bajo los arcos del puente y a lo largo del río estaban diseminados numerosísimos puestos callejeros que vendían adornos para los árboles de Navidad, anguilas, pavos. Papás Noel de azúcar, turrón y estatuillas del belén.

En el aire se esparcían perfumes deliciosos. Un viejecito preparaba gigantescas madejas de azúcar hilado azul y rosa. Ángel se paró hipnotizado, lamiéndose los labios. Marisa le tiró de una manga.

«Vamos al supermercado. Por allí suele haber ladrones», dijo la niña.

Se marcharon de mala gana, dejando atrás todas las invitaciones tentadoras de los puestos callejeros.

En el supermercado acababan de arrestar a un caco. Pero había robado un bolso y no un Niño Jesús. Incluso los policías admitieron que sólo era un raterillo y que no se habría interesado por ninguna estatuilla de la iglesia. Añadieron que tenían mucho trabajo y que estaban muy orgullosos de que Ángel y Marisa se hubieran tomado el encargo de esta investigación difícil y complicada. En torno a ellos, la gente continuaba haciendo el recorrido de las compras.

"Debemos recomenzar la investigación desde cero", dijo Ángel.

"Nos encontraremos después de la comida delante de la iglesia", propuso Marisa.

Trazos colorados de rotulador

Aquella tarde Ángel volvió blandiendo una gruesa lente. Los ladrones habrían dejado alguna huella. Y él la encontraría.

El pobre sacristán estaba siempre allí, con la cabeza entre las manos y refunfuñando: "¡Qué horrible Navidad! ¡Sin el Niño Jesús! Sólo nos faltaba esto. Es culpa del Gobierno".

Pero había que resolver el problema.

"¿Queréis una pista?, -masculló Luis-. Pensándolo mejor, esta mañana he encontrado trazos colorados, como si alguien hubiera perdido un rotulador o un lápiz, luego unos trozos de papel rojo, tal vez fragmentos de un catálogo".

¿Lápices colorados? ¿Catálogo?

"¡La publicidad!", gritaron al unísono los dos pequeños detectives. De nuevo en la calle, se dirigieron de prisa hacia el gran estudio publicitario que se alzaba al otro lado de la ciudad.

Eran tan pequeños que el portero del gran edificio ni siquiera se percató de ellos. Deslizándose silenciosamente, abrieron con cautela la primera puerta que encontraron. En el interior había cajas con pudín, macarrones, espinacas, atún, detergentes; después, un poco esparcidos por todas partes, juguetes, televisores, trozos de bacalao curado, dentífricos.

En el fondo, en medio de toda aquella confusión, algo brillaba como el oro.

"El Niño Jesús", murmuró Ángel con un suspiro. Marisa le apretó la mano y le hizo señas de que no se dejase ver. Encurvados sobre una mesa, llena de objetos y de planos, unos extraños personajes discutían animadamente.

"En su puesto pondremos este espléndido pan de oro", gritaba uno de corbata amarilla y gafas oscuras.

"¡No!, -gritaba otro de barba negra-. Pondremos esta muñeca que llora y eructa. Venderemos millones".

"Ni lo sueñes, -intervino otro-. Lo que se necesita es una botella de Coca-Cola. Será un negocio colosal: Navidad, la fiesta de la botellita. En lugar de las bolitas podríamos colocar estrellitas". "Estos delincuentes quieren sustituir al Niño Jesús", -pensaron los dos niños-.

"Tal vez quieren que perdamos la fe sustituyendo al Niño Jesús con una de esas cosas". Ángel hubiera deseado saber algo más, pero no había tiempo que perder.

"Intenta distraerlos, -susurró a Marisa-. Haz explotar aquellos globos debajo de la ventana. Mientras miran hacia esa parte, yo voy a coger al Niño Jesús".

Como miles de ojos de niños

Todo se desarrolló conforme a lo previsto. Los dos niños escaparon como liebres perseguidas por una jauría de perros. Apretaban al Niño Jesús y corrían y corrían. Apenas llegados a la calle, resollando, hicieron señas a un automóvil rojo, que se paró súbitamente.

Los niños estaban emocionados, sin darse cuenta de que el chófer del auto era un ángel. Uno de los de verdad, con alas y todo lo demás.

El auto rojo los llevó en un instante ante la iglesia, mientras las grandes coches de los publicitarios, que los perseguían, renqueaban obstaculizados por la confusión que reinaba en las calles.

Apenas tenían tiempo. Las campanas estaban sonando para llamar a la gente. Las luces y las estrellas relampagueaban. Comenzaba la Noche Santa. Orgullosos como dos Reyes Magos, Ángel y Marisa entraron en la iglesia iluminada. Marisa estrechaba en sus brazos al Niño Jesús. Ángel vigilaba a su lado, para que todo saliese bien. Con delicadeza depositaron al Niño Jesús en su cuna.

Inmediatamente las luces duplicaron su intensidad. El Niño Jesús resplandecía y todo brillaba a su alrededor, como miles de ojos de niños, como millones de velas, como miríadas de estrellas.

En ese momento cuatro hombres, vestidos de negro, de azul, de amarillo, con tez oscura, furiosa, aparecieron en la puerta de la iglesia. Pero de repente, como diciendo: "Atentos, que la cosa va en serio", delante de ellos se plantó Luis, el sacristán.

Empuñaba la amenazadora espada flamígera del arcángel Miguel, que tenía precisamente la estatua que había junto a la puerta. Sorprendidos, los cuatro se dieron la vuelta y escaparon en sus coches negros, que fueron engullidos por la oscuridad.

Era la Noche Santa. Todas las ventanas estaban iluminadas.

El órgano comenzó a sonar y los niños del coro entonaron un villancico.

Desde todas las partes de la ciudad la gente acudía a la iglesia. En su cuna resplandeciente el Niño Jesús los esperaba.



17. El niño que no llegó a Belén

El pequeño Jonás vivía con su familia al borde de una tupida floresta. Su papá era guardabosques en invierno y pastor en verano y con frecuencia vivía lejos. La mamá estaba siempre atareada y así Jonás pasaba su tiempo con el abuelo, el viejo Elías, que le contaba historias encantadoras bajo los árboles de la floresta en la bella estación y junto al fuego en invierno.

Jonás le hacía las preguntas más serias que le venían a su mente.

Una noche admiraba una estrella que brillaba solitaria en el gran cielo azul. Entonces preguntó al viejo: "Abuelo, ¿quién ha hecho aquella estrella tan bonita?". "Dios", respondió Elías.

Al día siguiente se miraba extasiado las manos que le permitían jugar, construir y comunicar. De nuevo preguntó al abuelo: "¿Quién me ha hecho las manos?".

La respuesta del viejo era siempre la misma: "Dios". Un día Jonás se sentía tan feliz corriendo en el bosque que se preguntó quién le había dado unos pies tan maravillosos como los suyos.

"Precisamente el buen Dios nos ha dado tantas cosas bellas: las estrellas, las manos, los pies, los bosques..."

Corrió junto al abuelo y exclamó: "Abuelo, ¿dónde está Dios? Quiero ir a darle las gracias".

Pensando en su muerte, el viejo Elías dijo: "yo veré pronto a Dios. Le daré las gracias en tu nombre".

Jonás hubiera querido partir inmediatamente, pero suspirando, se resignó a esperar.

Tres dones, tres encuentros

Una noche un gran vocerío y un revuelo agitado despertaron a Jonás que dormía en el piso de arriba. "Ha nacido el Hijo de Dios", gritaba uno. "¿Cómo podéis saberlo?", preguntó la voz soñolienta de otro. "Lo han dicho los ángeles", aseguró un tercero.

Jonás se restregó los ojos cargados de sueño y corrió a la ventana. Había pastores que habían bajado de los pastos altos y hablaban entre ellos. Algunos se habían encaminado a pasos rápidos hacia las colinas de Belén. Al poco rato se alejaron todos. La linterna del piso de abajo se apagó y volvió el silencio.

A Jonás le latía fuerte el corazón. ¡Había nacido el Hijo de Dios! Por tanto, si estaba el Hijo, también estaba Él. Tenía la ocasión de agradecer a Dios todo aquello que le había regalado.

Decidió partir solo. Se aseguró de que todos dormían y después bajó a la cocina. Tomó un tizón encendido del fuego, una cantimplora para el agua y una cesta. Pasó a la despensa y llenó la cesta de pan y queso. Se envolvió en el manto y salió.

Con los pasos más largos que le permitían las piernas, tomó el camino del bosque. Sólo se desvió una vez a la derecha para llenar la cantimplora en el riachuelo.

"El Hijo de Dios va a tener un ambiente bien calentito", -pensaba-.

Le regalaré mi tizón y encenderé una hermosa lumbre. Podrá hacer un buen desayuno con mi queso y apagar su sed con mi agua fresca".

Llevaba ya cierto tiempo caminando, cuando Jonás oyó el llanto de un niño. Se detuvo y se adentró en el bosque. En una cabaña de mala muerte un niño lloraba en brazos de su madre, que trataba de taparlo para defenderlo del frío punzante del alba.

La pobre mujer no lograba encender el fuego. Jonás miró al niño y a su madre y luego a su hermoso tizón encendido. Y dijo:

"¿Cómo Dios, que es tan bueno, podría sentirse feliz por recibir mi tizón, si supiese que he dejado llorar de frío a este niño?"

Dejó a la mujer su trozo de madera encendida y reemprendió el camino.

El día iluminaba el cielo cuando Jonás encontró a un hombre apoyado en el tronco de un árbol. Parecía muerto de cansancio y apenas tuvo la fuerza de levantar la cabeza cuando Jonás pasó delante de él.

"Por favor, dame de beber", murmuró el pobrecillo.

Venía del desierto y hacía mucho tiempo que no encontraba agua para aplacar la sed.

Jonás miró al hombre y luego su cantimplora llena de agua fresca

"¿Cómo Dios, que es tan bueno, puede ser feliz con mi agua si supiese que he dejado morir de sed a un hombre?". Y le regaló toda su agua.

Reemprendió el camino, pero poco después encontró a una niña. Estaba arrebujada en rústicos vestidos demasiado largos para ella y tenía tristes sus grandes ojos.

Cuando vio a Jonás, tendió la mano lívida por el frío y pidió con un hilo de voz: "Por favor, dame un pedazo de pan. Ayer tampoco comí nada". Jonás la miró, miró su cesta repleta de buena comida y sonriendo se la regaló a la niña.

Dijo: "Siendo tan bueno Dios, ¿cómo podría alegrarse con mi comida si supiese que he dejado morir de hambre a una niña?"

"No lo he encontrado"

Continuó el camino con las manos vacías. Después de todo, podía recompensar a Dios con un abrazo y con un beso. Caminó y caminó, pero parecía que el bosque no acababa nunca.

Extenuado por la fatiga, el hambre y la sed, se dejó caer sobre un montón de hojas secas. Y rompió a llorar. Se había perdido. Ni siquiera sabía qué dirección debía tomar para volver a casa. Al final se durmió. Cuando se despertó era casi de noche. Pero se encontró envuelto por los brazos nudosos del abuelo que lo miraba con ternura ante el fuego de la casa. El viejo no le preguntó por qué se había ido. Lo había comprendido.

Llorando, Jonás le contó todo. "No lo he encontrado, pero he caminado tanto".

"No, Jonás, lo has encontrado", murmuró dulcemente el viejo. "El Hijo de Dios ha recibido el fuego, el agua, la comida. Porque Dios ama a los hombres en tal grado que considera como hecho a Él todo lo que hacemos a los otros".



18. Tres Reyes Magos... y medio

En tiempos del emperador César Augusto, cuando en la gran ciudad de Jerusalén reinaba el rey Herodes, vivía entre los montes de Persia el Rey Mago Melchor. Una noche, el palacio de Melchor fue iluminado por una estrella. Una estrella tan luminosa que hizo desaparecer a la luna. El buen Rey Mago se puso a aplaudir de felicidad: "Ha llegado el momento. Ha llegado la hora. Ha nacido. Ha nacido".

Nadie entendía nada, pero Melchor contagiaba a todos con su felicidad. Corría de acá para allá diciendo: "Rápido, rápido... Debo partir... Un regalo, un gran regalo. ¿Qué puedo llevar al Rey de Reyes? Rápido, rápido, "mi escolta, mi caballo". En un momento toda la corte estaba en actividad: unos ensillaban los caballos, otros preparaban los víveres, muchos se tropezaban continuamente con los pies de los más ajetreados. Pero las sorpresas no habían acabado.

Cuando descendieron las sombras de aquel día memorable (y la estrella brillaba más luminosa que nunca), dos caravanas llegaron al palacio de Melchor. Eran las caravanas más espléndidas jamás vistas en Persia. La primera era de Gaspar, rey de los indios, otro de los Reyes Magos. La segunda era de Baltasar, rey de los árabes, también Rey Mago. Camellos, elefantes, caballos, jaeces de oro y de plata, seda, damasco. . . ¡Una infinita maravilla!

Melchor abrazó a Gaspar y a Baltasar y los condujo a su estudio privado.

"Queridos colegas, nuestras cartas secretas nos decían que llegaría una estrella para guiarnos al Rey de Reyes. La estrella está allí esperándonos. Emprendamos el viaje inmediatamente. He preparado mirra preciosísima y perfumada como homenaje al gran Rey".

"Yo llevo incienso refinadísimo", dijo Gaspar, que tenía una barba blanca grande y bella.

"Yo, oro y piedras preciosas", concluyó Baltasar con su voz poderosa.

Los tres Reyes Magos habían puesto guardias en la puerta para que nadie escuchase sus palabras. No obstante, hubo alguien que le escuchó todo. Se llamaba Alvino, tenía nueve años, y era el nieto de Melchor. Y mientras los Reyes Magos hablaban entre ellos, se encontraba debajo de la mesa, que estaba cubierta por un pesado brocado de oro.

Yo también voy

Alvino era un niño decidido. Cuando los Tres Reyes salieron para prepararse para partir, corrió a su habitación y se vistió. "También yo quiero ver al joven príncipe, -se dijo-. Los Reyes llevan regalos preciosos. Yo regalaré al príncipe recién nacido mis tres juguetes más hermosos".

Envolvió en un papel la pelota, que le habían regalado una vez por su cumpleaños. "Es brillante y resplandeciente como el oro", pensó. Después escondió entre los vestidos su libro de ilustraciones preferido y llamó a Plutón, su perro blanco. Cuando le puso la trailla, por un momento dudó de poder separarse también de él. Pero corrió hacia las caravanas, que lentamente emprendían el camino.

"¿A dónde vas?", le dijo arisco su abuelo.

"Yo también voy ante el Rey que ha nacido", respondió Alvino.

"No. Vuelve rápido a dormir", le respondió Melchor.

Pero Alvino no desistió. Pensó: "La estrella me indicará el camino también a

mí". Dejó el palacio y caminó toda la noche. La estrella le indicaba la ruta.

El regalo más bonito

Al salir el sol llegó a un pueblecito. Allí vio a una niña que lloraba desconsolada.

"Todos mis compañeros se ríen de mí, porque mis vestidos están remendados. Ninguno quiere jugar conmigo", se lamentaba.

"Toma esta pelota, -dijo de repente Alvino-. Así tendrás una compañera de juegos". La niña se sintió tan feliz que le costaba creer que podía quedarse con la pelota.

Se hizo de noche, y la estrella volvió a resplandecer clara en el cielo. Alvino prosiguió su camino. A la mañana siguiente llegó a una casita. Allí encontró a un hombre que miraba fijamente hacia delante y que de tanto en tanto lanzaba un profundo suspiro.

"¿Qué te pasa?", preguntó Alvino.

"Siento el reuma en todos los huesos, -se lamentó el hombre-. Estoy viejo y enfermo. En otro tiempo caminaba de ciudad en ciudad y he visto un poco de mundo. Pero ahora no logro ni siquiera arrastrar me hasta mi vecino. Preferiría morir".

Entonces Alvino le regaló su libro.

"Ahora es tuyo", -dijo-. Dentro de él encontrarás el mundo entero, con todas las plantas y animales".

El viejo abrió el libro con cuidado.

"¡Qué maravillas! Me harán compañía. Ya no estoy solo".

La tercera noche no acababa nunca. Alvino se paró a descansar en la casa de un aldeano. Allí habitaba un muchacho más o menos de su misma edad.

Desde hacía meses una pierna enferma le obligaba a permanecer en la cama. Cuando el chico vio cómo Alvino podía caminar y estar de pie sin dificultad, selló los labios, volvió la cabeza hacia la pared y no dijo ni una palabra más. Alvino no sabía qué hacer. Plutón tenía ganas de jugar, saltó sobre la cama y empezó a hacer cosquillas al muchacho enfermo con la lengua y con las patas, tanto que el muchacho no tuvo más remedio que sonreír, se volvió hacia él y lo acarició. Cuando Alvino lo vio, tomó la trailla de su perro y la puso en la mano del muchacho. Al salir de la casa, sintió que se le saltaban las lágrimas. Era un dolor tener que abandonar a su compañero de juegos y no volver a verle. Comenzó a correr en la noche, para alejarse lo más posible de Plutón. Corrió sin fijarse en la senda, tropezó, continuó corriendo hasta que cayó a tierra extenuado, y allí se quedó y allí se durmió rápidamente.

Cuando se despertó se sentía extrañamente relajado y feliz. Ni siquiera el pensamiento de Plutón le producía ya malestar. Vio la estrella que relucía como el sol sobre una aldea, y allí emergió también una casa envuelta en una luz dorada.

En aquella casa estaban un varón y una mujer que se inclinaban sonriendo sobre la cuna en que yacía el niño: el nuevo príncipe de la paz.

Junto a la cuna estaba el abuelo Melchor con los otros dos Reyes. Los Reyes depositaron sus regalos a los pies del niño: un vaso precioso lleno de mirra, una copa de plata con incienso dentro y un cáliz de oro. Alvino se inclinó sobre la cuna y se dirigió a la mujer. Quería contarle que su pelota había hecho feliz a una pobre niña, que su libro había alegrado a un hombre viejo y que su perro

había consolado a un muchacho enfermo; quería explicarle los motivos por los que no tenía nada que regalar. Pero la mujer lo comprendió, tomó las manos vacías del muchacho entre las suyas y se las besó.



19. El industrial, el administrador y el obrero

En una pequeña ciudad había un industrial. Era un hombre poderoso, con gafas de oro, cartera de cuero, voz tonante y un gran coche con chófer de uniforme azul. Cuando el industrial salía de su palacete directivo, el administrador que dirigía su fábrica se quitaba el sombrero, hacía una profunda inclinación y saludaba ceremoniosamente incluso a la señora. El administrador tenía cara de acero y modales bruscos, usaba palabras inglesas y estaba siempre muy ocupado. El administrador tenía un gran coche rojo y cuando salía de la oficina, el obrero se quitaba la gorra, hacía una inclinación y saludaba con deferencia. El obrero viajaba en un Panda, tenía las espaldas un poco encorvadas y la sonrisa triste. Cuando salía de la fábrica, ninguno lo saludaba, sólo un perro pálido, con la cabeza bamboleante, lo siguió una tarde y desde ese momento no lo abandonó jamás.

Cuando el industrial estaba de mal humor, regañaba al administrador, lo llamaba "incapaz" e "ineficiente", le achacaba todos los males de la empresa y lanzaba al aire folios de papel arrojando grandes puñados sobre el escritorio de caoba. Cuando el administrador estaba de mal humor, llamaba al obrero y le gritaba "perezoso" y "haragán", lo amenazaba con despedirlo, mostrándole los puños, y le atribuía todas las culpas de las dificultades de la empresa. Cuando el obrero estaba de mal humor, lo descargaba con su perro y lo llamaba "bastar do". El perro no se la tomaba con nadie, porque era la verdad.

Los hijos del industrial frecuentaban la mejor escuela privada de la región, llegaban a clase en un cochazo y tenían un tutor que los ayudaba a estudiar y a hacer los deberes. Los hijos del administrador frecuentaban una escuela del centro, llegaban a clase en el deportivo de su madre y recibían clases particulares de inglés e informática. Los hijos del obrero iban a clase en tren (cuando llovía) y hacían los deberes ellos solos, porque la madre tenía mucho que hacer y el obrero no sabía las respuestas.

El industrial vivía en un gran chalé con jardín y tenía tres personas a su servicio. El administrador residía en una graciosa villa y tenía una sirvienta filipina. El obrero habitaba en el séptimo piso de un condominio rumoroso. El perro se escondía detrás de las cajas de basura.

El industrial no quería que sus hijos jugasen con los hijos del administrador y del obrero y los mandaba a un centro deportivo caro. El administrador no quería que sus hijos jugasen con los hijos del obrero y siempre les regalaba nuevos juegos. Los hijos del obrero jugaban con el perro. Todos los niños eran infelices porque, todos juntos, hubieran podido jugar al fútbol en el campo del Oratorio.

También los adultos eran infelices. El obrero tenía miedo del administrador; el administrador tenía miedo del industrial; el industrial tenía miedo de la muerte. El perro tenía miedo de todos.

El sorteo

Luego llegó Navidad. En la parroquia del industrial, del administrador y del obrero se hacía cada año una "sacra representación» del misterio del nacimiento de Jesús, y los actores se escogían entre la gente. Ser elegido para la recitación navideña era un motivo de gran prestigio y todos lo querían hacer. Por eso los actores se sacaban a suerte.

El industrial, el administrador y el obrero fueron sorteados para personificar a

los tres Reyes Magos. El industrial mandó al sastre que le hiciera un precioso traje; el administrador alquiló un magnífico vestido de sultán; el obrero se envolvió en la colcha de la abuela y se pintó la cara de negro. El perro fue pintado de blanco para que hiciera de oveja. Llegó la noche de la representación. Todo se desarrolló a las mil maravillas. Al final avanzaron solemnemente los tres Magos. Debían dejar sus dones ante la cuna del Niño y retirarse. Se acercaron y tendieron simultáneamente las manos hacia el Niño, que según el guión debía estar dormido. Pero el perro-oveja ladró y el Niño se despertó. Gorgoteando feliz, abrió sus ojazos y aferró con sus bracitos rollizos las seis manos tendidas hacia él. Los tres Magos, sobresaltados, trataron de liberar las manos, pero el Niño rompió a llorar y se vieron obligados a tomar en brazos al Niño los tres al mismo tiempo, hasta que llegó la madre del pequeño con el biberón.

Los tres Magos bajaron del palco turbados. Los tres pensaban lo mismo en su interior: "El Niño ha bajado del cielo para todos. Para el industrial, para el administrador y para el obrero. Y por todos moriría en la cruz".

Y así, en las vacaciones de Navidad, todos pudieron ver a los hijos del industrial, del administrador y del obrero jugar juntos en el patio del Oratorio. El perro jugaba en la puerta.



20. ¿Dónde acabaron el incienso, el oro y la mirra?

Aunque no lo dieran a entender, los más preocupados y nerviosos eran el burro y el buey. No lograban conciliar el sueño. Aquella noche y aquel día habían sido maravillosamente caóticos: el nacimiento del niño, los ángeles, los pastores, la estrella, y luego la llegada de los tres Reyes con sus mantos de telas recamadas y sus abrigos de piel y sus extraños cuadrúpedos con joroba. Y sobre todo, el relampagueo de los cofres que encerraban los regalos traídos por los tres Reyes. Todos los habían admirado y ahora estaban allí, abandonados sobre la paja, mientras la mujer mecía dulcemente al niño y el varón de manos grandes y fuertes atizaba el fuego y echaba un poco de heno a las dos bestias.

Entre las rendijas inconexas de la choza, otros dos ojos miraban fijamente los regalos de los Reyes. Eran ojos llenos de ingenua astucia. No habían perdido un solo detalle de la jornada y ahora observaban con interés el primer bostezo de cansancio aparecido en la boca del varón. Eran los ojos de Dimas, el más valiente de los rateros de Belén, ágil y rápido como un hurón.

El niño fue el primero en dormirse, después la madre se adormiló sobre el montón de paja que el varón había preparado y ordenado. El varón esperó a que el fuego se apagase, después también él se tumbó sobre la paja con un suspiro de cansancio y se durmió. El burro y el buey lo imitaron. Un silencio profundo invadió la choza.

Un paquete tintineante

Dimas se deslizó en la sombra y se acercó a la puerta. Estaba atrancada con una viga robusta. No podía desquiciarla: despertaría a todos. Examinó las paredes, recorriéndolas con la mano. Se movió una tabla. Dimas intuyó que podía ensanchar la ranura todo lo que fuese necesario para permitirle penetrar dentro de la vieja cuadra. Con habilidad consumada, el muchacho separó la tabla tratando de que no chirriara, y se metió por la ranura con los movimientos sinuosos de un gato.

Se movió ligero, tratando de habituar los ojos a la oscuridad. Los tres cofres estaban bajo la improvisada cuna del niño, iluminados por el último resplandor de las brasas del fuego.

El buey resopló en el sueño y el asno escarbó en la paja. También ellos soñaban. Dimas contuvo el aliento, inmóvil. En la estancia las respiraciones se habían vuelto regulares.

El muchacho se movió rápidamente. Cogió los tres cofres y los metió en la alforja de tela que portaba en bandolera. Dirigió una mirada al niño y le pareció percibir una sonrisa en su carita, movió los hombros y salió por la ranura que había abierto. Cuando estuvo fuera de la cuadra, sonriendo colocó en su puesto la tabla que había removido para entrar; después se alejó a toda velocidad.

Daba grandes saltos de alegría, sosteniendo con sus dos manos el paquete tintineante del robo. Repasaba de memoria el contenido y pensaba excitado en la hermosa suma que cobraría. El mayor de los cofres contenía collares, brazaletes y monedas de oro; el segundo estaba lleno de incienso purísimo; el tercero tenía una ampolla de preciosísima mirra. Un golpe de fortuna increíble. Sólo debía ser prudente y esconder todo muy bien. El mundo estaba lleno de ladrones.

La sorpresa

Entró en la casa por el tejado, como hacía ordinariamente. No tenía padre ni madre y el viejo pariente que lo albergaba en su casa no se preocupaba de él. En su pequeña habitación, bajo el pavimento recubierto de paja, Dimas había excavado un nicho en el que guardaba sus cosas preciosas.

"Tendré escondido durante unos meses el oro, el incienso y la mirra. Después los venderé poco a poco, en Jerusalén o en Damasco, donde no levantarán sospechas", pensaba.

Encendió una lámpara de aceite finamente grabada, que provenía del atrio de la casa del centurión romano, que andaba buscándola, y examinó el botín. Abrió con cautela el primer cofre y no logró evitar una imprecación airada: "Pero, ¿qué diablos ha sucedido?". Abrió con furia los otros dos estuches, miró, hurgó, y después maldijo otra vez con más rabia. Alguno le había jugado una broma terrible. Tal vez aquel hombre era más astuto de lo que parecía. En lugar del oro, el cofre contenía un gran martillo; en lugar del incienso, había tres gruesos clavos; y la ampolleta, en lugar de la mirra refinada, contenía vinagre vulgar.

"¡Casualidades, casualidades! ¿Qué hago con esta porquería? Se la endilgaré a los soldados romanos a cambio de unas monedillas".

Tres cruces

Pasaron los años. Dimas se había convertido en el más rico e insolente bandido del desierto. Sus hombres realizaban razias en las más ricas ciudades de Oriente, y el ejército romano se había visto obligado muchas veces a pactar con él. Pero un día llegó de Roma un gobernador ambicioso de nombre Poncio Pilato que, para hacer carrera y congraciarse con los notables de Jerusalén, decidió capturar a Dimas. Lo logró con una emboscada, y Dimas fue condenado a la pena más terrible e infamante: la muerte mediante crucifixión.

Eran tres los que subían hacia el Gólgota, el lugar de las ejecuciones, en las afueras de Jerusalén, donde habían sido preparadas tres cruces. Dimas conocía al veterano bandido atado junto a él, pero no lograba explicarse al tercer condenado. Tenía el rostro noble y lleno de bondad, aun bajo las señales de la tortura. Decían que era un profeta de Galilea de nombre Jesús, que hacía milagros, que había sido condenado porque se había proclamado Hijo de Dios y Mesías.

Los ojos gélidos y feroces de Dimas se cruzaron con los del tercer condenado. Para el bandido todo cambió de manera incomprensible: su rabia feroz; se desvaneció y se sintió extrañamente en paz.

El verdugo comenzó su miserable tarea con el profeta galileo: empuñó un martillo y tres gruesos clavos, mientras un soldado empapaba una esponja en vinagre. De repente Dimas comprendió. He aquí los regalos de los Reyes que él había robado hacía tantos años en una cuadra de Belén, donde había una mujer y un varón y un niño. ¡Aquel niño era el Mesías! Por tanto, también él había contribuido a crucificar al Hijo de Dios. Con las lágrimas en los ojos, Dimas oyó que Jesús decía: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

Con la acostumbrada insensibilidad, los soldados se pusieron a discutir para dividirse las ropas de los condenados. Cuando las tres cruces fueron alzadas con su carga de dolor, la gente comenzó a befarse de los condenados. Se

enfurecían especialmente contra Jesús. Los jefes del pueblo lo escarnecían: "Ha salvado a otros; pues que ahora se salve a sí mismo, si es verdaderamente el Mesías elegido por Dios". También los soldados lo escarnecían: se acercaban a Jesús, le daban a beber vinagre y le decían: "Si eres realmente el rey de los judíos, sálvate a ti mismo".

El otro bandido crucificado se había unido a los escarnecedores e insultaba a Jesús: "¿No eres el Mesías? Pues sálvate a ti mismo y a nosotros". Dimas lo reprochó con aspereza: "Tú que estás sufriendo la misma condena, ¿no tienes ningún temor de Dios? Para nosotros dos es justo pagar el castigo por lo que hemos hecho; en cambio él no ha hecho nada malo".

Después añadió: "Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino".

Los ojos del Mesías torturado y moribundo miraron a Dimas con bondad infinita. Después el feroz bandido oyó las palabras más bellas y amables de toda su vida desastrada: "Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso".



21. El arbolito espinoso

En un jardín, en medio de los árboles y de las flores nobles, como los abetos, los abedules, las rosas y las hortensias, había crecido un arbolito de apariencia modesta que, en lugar de hojas, tenía pequeñas y punzantes espinas verdes.

Esto le hacía sufrir mucho. Los otros árboles lo miraban con conmisericación. Y las flores, con sus suaves y perfumados pétalos, simplemente lo despreciaban.

A veces, de noche, al arbolito soñaba con ser una majestuosa secuoya. Impone y reverenciada por todos. Pero al despertarse se reencontraba tal como era: pequeño, débil, y con aquellas ridículas espinas en el lugar de las hojas. Y en silencio comenzaba a llorar. Lagrimones de resina resbalaban sobre las espinas y relucían por un instante antes de caer en el musgo.

Un ángel del cielo vio aquellas lágrimas y decidió intervenir. Apareció resplandeciente de luz junto al arbolito espinoso y le dijo: "¿Por qué lloras? ¿Qué quieres?".

"Desearía mucho tener hojas de oro en vez de estas odiosas espinas", respondió el arbolito entre lágrimas. "Hágase como deseas", dijo el ángel, y esparció un puñado de polvo de estrellas sobre el arbolito, que se cubrió de deslumbrantes hojitas de oro.

A la mañana siguiente un rayo de sol reveló a todos el árbol más bello que jamás se hubiera visto. Las hojas de oro brillaban, llenando el jardín de luz cálida y dorada.

Hasta los ruiseñores y las urracas dejaron de cantar, quedando boquiabiertos al admirar aquella maravilla. La corteza del arbolito espinoso reventaba de felicidad. Era el árbol más increíblemente espléndido del jardín y acaso del universo entero. Pero las hojas de oro no habían atraído sólo las miradas admiradas o un tanto envidiosas de las criaturas del jardín. En la noche el arbolito fue despertado por manos burdas y desgarradas que lo sacudían. Dos ladrones le estaban robando las hojas de oro.

Hojas rojas como alas de mariposa

A la mañana siguiente el arbolito apareció espinoso y triste como siempre. Por la rabia y la desilusión, estalló nuevamente en un llanto incontenible. El ángel le oyó llorar y acudió: "¿Por qué lloras, arbolito mío? ¿Qué quieres?". Respondió el arbolito: "Querría hojas rojas y ligeras como las alas de las mariposas, en lugar de estas espinas horribles y punzantes". "Que se cumpla tu deseo", dijo el ángel.

Al día siguiente el arbolito estaba cubierto de hojas iridiscentes que palpitan con la brisa y cantaban canciones celestiales. Un "oro) de maravilla recorrió el jardín. El arbolito espinoso se había convertido en "el árbol cantor", una maravilla de la creación.

Pero se estaba en el corazón del invierno. En el cielo se acumularon grandes nubarrones negros; después estalló repentinamente la tempestad. El pobre arbolito fue atacado por un viento colérico que lo sacudió violentamente. Las ligeras hojas volaron lejos una a una, arrancadas por el vendaval. Sólo quedaron las miserables espinas en las ramas del arbolito, que recomenzó a lamentarse.

Acudió de nuevo el ángel: "¿Qué quieres ahora, arbolito?".

La respuesta' fue: "Lo he decidido. Quiero hojitas verdes, blandas y tiernas. No brillaré, pero todos desearán acariciarme". Una vez más el ángel condescendió. Al día siguiente el arbolito se pavoneaba con sus tiernas hojitas verdes.

Los gorriones y las mariposas difundieron la noticia por todo el jardín. Hasta los abedules, que son charlatanes impenitentes, pero que saben mucho de hojas, demostraron gran aprecio por las del arbolito.

También las apreciaron, aunque demasiado, dos cabras que pasaban por allí, que encontraron las exquisitas hojas a la altura exacta de sus voraces mandíbulas. Y las royeron todas, de la primera a la última.

Esta vez el arbolito no logró ni siquiera llorar. "Déjame mis espinas, -dijo al ángel-. Es mi triste destino".

Algunos días después se barruntaba la nieve en el aire, y el arbolito espinoso fue despertado por las voces agudas de unos niños: "¡Este! Es el que necesitamos. Parece que tiene los ganchitos para colgar las lucecitas y las bolitas rojas".

El árbol de Navidad

Los niños acariciaban las ramitas espinosas del arbolito.

"Haremos aquí nuestro árbol de Navidad, -dijeron-; así todos los que pasen por el camino lo verán». "Será el árbol más bonito del mundo", -exclamó una niña-.

Y así fue.

Resplandeciente de luces rojas e hilos de plata, colgados de sus robustas espinas, con una estrella cometa grande y luminosa en lo alto, el arbolito anunciaba la Navidad a los pasajeros. Y finalmente era feliz.



22. El don misterioso

Era al alba en Belén. Se había marchado el último peregrino y la estrella había desaparecido. La Virgen María miraba con dulzura al Niño que se había quedado dormido.

Lentamente y chirriando se abrió la puerta del establo. Parecía empujada por una corriente de aire más que por una mano. En el umbral apareció una mujer anciana, cubierta de harapos. María se sobresaltó, como si hubiese visto a un hada mala. Jesús continuaba dormido. El burro y el buey arrancaban bocados de heno y paja de un montón que tenían delante del hocico y no se dignaron ni a echar una mirada a la recién llegada.

María la seguía con la mirada. Cada paso de la desconocida parecía largo como siglos. La vieja continuaba avanzando, hasta que estuvo junto al pesebre. El Niño Jesús abrió los ojos de repente y María se maravilló viendo brillar en los ojos del niño y de la mujer la misma luz de esperanza.

La vieja se inclinó ante el niño. María contuvo el aliento. La vieja hurgó en sus vestidos harapientos, buscando algo. Parecía emplear siglos en encontrarlo. María continuaba mirándola con inquietud. Finalmente, tras ~ tiempo larguísimo, la vieja extrajo de sus harapos un objeto, pero que quedó escondido en su mano, y lo entregó al niño.

Después de todos los dones de los pastores y de los Reyes, ¿qué podía ser aquel don misterioso?

María veía sólo la espalda de la vieja, curvada sobre la improvisada cuna de Jesús.

Después la vieja se irguió, como si se hubiera librado de un peso infinito que la arrastraba hacia la tierra.

Sus hombros se enderezaron, su cabeza se elevó, y casi tocaba el techo, su aspecto recuperó milagrosamente la juventud, sus cabellos se transformaron en suaves y relucientes como seda. Cuando se alejó del pesebre, para desaparecer en la oscuridad de la que había surgido, María pudo finalmente ver el don misterioso.

En las pequeñas manos de Jesús brillaba una manzana roja. Aquella mujer era Eva, la primera mujer, la madre de los vivientes, que había entregado al Mesías el fruto del primer pecado.

Porque ahora, con Jesús, había nacido una nueva creación: y todo podía comenzar de nuevo.



cuentos de navidad

Había una vez un lobo. Vivía en los alrededores de Belén. Los pastores lo temían muchísimo y vigilaban toda la noche para salvar sus rebaños. Siempre había alguno de centinela; así que el lobo estaba cada vez más hambriento, más precavido, más rabioso.

Una extraña noche, llena de sonidos y luces, hubo un gran revuelo en los campos de los pastores. Apenas se había desvanecido en el aire el eco de un maravilloso canto de ángeles. Había nacido un niño, pequeñito, un ovillo rosa, cosa de nada.

El lobo se maravilló de que aquellos pastores toscos corrieran todos a ver al niño.

"¡Cuánta zalamería para un cachorro de hombre!", pensó el lobo. Pero lleno de curiosidad ~ sobre todo, hambriento como estaba, los siguió en la sombra con pasos amortiguados. Cuando los vio entrar en un establo se paró en la sombra y esperó.

Los pastores llevaron regalos, saludaron al varón y a la mujer, se inclinaron con deferencia hacia el niño y después se marcharon. Los ojos y los colmillos del lobo brillaron en la noche: estaba a punto de llegar su momento. El varón y la mujer, cansados por las fatigas y las increíbles sorpresas de la jornada, se adormecieron. "Mejor así", -pensó el lobo--, comenzaré por el niño". Huidizo como siempre, se deslizó en el establo. Nadie advirtió su presencia. Sólo el niño. Abrió los ojazos y miró el afilado hocico que, paso tras paso, receloso pero inexorable, se acercaba cada vez más. El lobo tenía las fauces entreabiertas y la lengua llameante. Los ojos eran dos hendiduras crueles. Pero el niño no parecía espantado.

"Un bocado exquisito", pensó el lobo. Su aliento cálido rozó al niño. Contrajo los músculos y se dispuso a atrapar la tierna presa.

En ese momento una mano del niño, como una pequeña flor delicada, se posó en el hocico en una afectuosa caricia. Por primera vez en su vida alguien acariciaba su hispido y enmarañado pelo, y con una voz que jamás había oído, dijo el niño: "¡Te quiero, lobo!".

Entonces sucedió algo increíble en el oscuro establo de Belén. La piel del lobo se rasgó y rodó a tierra como un vestido viejo. Debajo apareció un hombre. Un hombre verdadero, de carne y hueso. El hombre cayó de rodillas y besó las manos del niño y silenciosamente le rezó.

Después el hombre que había sido lobo salió del establo con la cabeza muy alta y fue por el mundo anunciando a todos: "Ha nacido el Niño Dios que puede daros la verdadera libertad. Él os cambiará»



24. El canto de los ángeles

La noche en que nació Jesús los ángeles bajaron del cielo y cantaron, danzando en corros y grupos en torno a la gruta de Belén. La melodía del canto era la más pura e impresionante que jamás se había oído sobre la tierra. No la oyeron muchos. Los habitantes de los alrededores percibieron un leve rumor, se volvieron del otro lado y continuaron durmiendo. Se necesita un corazón especial para captar el canto de los ángeles

Pero en el fondo de una quebrada, a la orilla de un estanque, lo oyó una joven caña. Comenzó a vibrar al ritmo de la melodía, cimbreadose flexible con todas sus fibras.

"¡Mi querida plantita!, -masculló una vieja caña-. Me estás levantando dolor de cabeza". "Déjanos dormir, -clamaron las otras cañas-, Ni siquiera entre las cañas lograron todas oír las músicas de los ángeles. Pero la joven caña continuó absorbiendo aquella armonía dulcísima que bajaba del cielo y repetía, danzando ligera en el aire: "Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres, que ama el Señor».

La flauta

Pasó el tiempo. La joven caña se hizo robusta y nudosa y cada vez que el viento soplabla, vibraba repitiendo la lejana melodía de los ángeles.

Un día un joven pastor llevó sus rebaños a abreviar en el estanque. Mientras las ovejas se amontonaban para llegar al agua, el pastor miraba a su alrededor. Su mirada fue atraída por la caña. Desde hacía tiempo quería fabricarse una flauta nueva, porque la vieja se había astillado y el canto ya no era sonoro y nítido. Empuñó el cuchillo y cortó la caña, la estudió un momento y comenzó a entallarla. Cuando la apoyó sobre los labios y empezó a soplar, el sonido que salió de la flauta sorprendió al pastor. Era un sonido límpido y ligero, parecía ir derecho al corazón de quien la escuchaba.

Esa noche, junto al fuego, el pastor sacó la flauta de la alforja y comenzó a tocar. De repente todos callaron y por un momento pareció que el mismo fuego hubiera dejado de crepitar para escuchar aquel sonido, aquella melodía purísima.

También el pastor estaba sorprendido: a ratos le parecía que no era él quien tocaba. Era como si la flauta funcionase por su cuenta y como si aquella melodía angélica estuviese dentro de las fibras de madera.

Un viejo pastor cerró los ojos y murmuró: "Me parece que ya la he oído, una noche, hace mucho tiempo, en las cercanías de Belén».

Pero la flauta guardaba un secreto todavía más sorprendente.

Un día estalló una lucha furibunda entre dos grupos de pastores por razones de precedencia en unos pastos. Volaron los primeros bastonazos y alguna mano acudió al cuchillo.

Movido por una repentina inspiración, el joven pastor llevó a los labios la flauta y comenzó a tocar. Su sonido era aparentemente débil, pero los litigantes se pararon, las manos cerradas en los puños se abrieron y los pastores sintieron un gran deseo de hacer las paces y darse la mano, porque la vida ya es de por sí bastante difícil. Desde aquel día, cada vez que estallaba un litigio. Los presentes llamaban al pastor y le decían: "Toca tu flauta". Y al sonido de la flauta las tensiones se aplacaban, las voces airadas se dulcificaban y las cóleras se apagaban. Los corazones de hielo se derretían y las sonrisas florecían.

Pero, ¿cuál fue el destino del espléndido instrumento que encerraba el canto de los ángeles?

La herencia

Cuando se sintió viejo, el pastor confió la flauta a su hijo. Éste se hizo célebre con el sobrenombre de Pacificador.

Cuando Pacificador murió, la flauta pasó al hijo, que a su vez la dejó al hijo y así durante siglos, hasta que un cruzado la compró como recuerdo de Tierra Santa y la llevó a Europa. Pero ninguno se acordaba ya del extraordinario poder de la flauta. Pasó de baúl a baúl, de herencia a herencia, hasta que. . . "Abuelo, ¿de quién es esta vieja flauta?", preguntó Gibí, de nueve años, mientras revolvía los cajones del desván.

"La compró el bisabuelo en una subasta de objetos preciosos; probablemente es muy antigua", respondió el abuelo.

"¿Puedo quedarme con ella?"

"¡Claro !"

"A lo mejor es mágica". Concluyó Gibí y comenzó a limpiarla con el pañuelo. La acercó a sus labios: el sonido era dulce y límpido.

A la mañana siguiente Gibí llevó su nueva flauta a la escuela. No era bonita, sino negra y opaca. La maestra llegaba tarde y la clase estaba revuelta. Ricardo y Mario se habían puesto a discutir furiosamente y se estaban pegando, derribando libros y bancos. Gibí se refugió en un rincón y probó la flauta. Una armonía suave y ligera envolvió a los niños. Ricardo y Mario se pararon como por encanto.

"Perdóname", dijo Ricardo.

"Hagamos las paces", respondió Mario. Todos miraron a Gibí.

"¡Qué bien tocas!", exclamó Mirella.

"Yo sólo he soplado dentro. -murmuró Gibí poniéndose colorado-. Ya sabía yo que era mágica", pensó feliz con el descubrimiento.

Pero más feliz era el corazón de la joven caña que había conservado durante siglos el canto de los ángeles, sin perder ni siquiera una nota.

